

ESTUDIOS

Juan Sanz



EN EL CREPÚSCULO, P. Chabás

Museo de Luxemburgo

FEBRERO DE 1929

50 céntimos

Libros que pueden adquirirse por nuestro conducto

(Obras selectamente escogidas por su utilidad y su valor educativo)

Pílasenos nuestro catálogo general, que remitiremos gratis



La Muñeca, por F. Caro Crespo. —Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario.—Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 ptas.



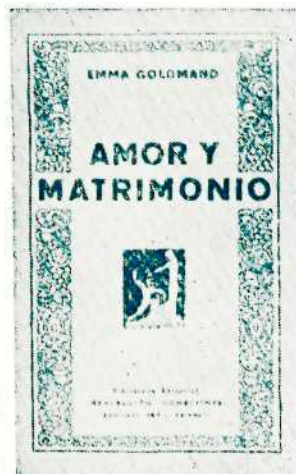
El veneno maldito, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios.—Precio, 1 pta.



La educación sexual y la diferenciación sexual, por el Dr. Gregorio Marañón.—Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito.—Precio, 0'50 pesetas.



Embriología, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos debieran conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor. Recomendad la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación. Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de Shum a cuatro tintas, 3'50 ptas.; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.



Amor y matrimonio, por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que deberían leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 ptas.



El A. B. C. de la Puericultura Moderna, por el Dr. Marcel Prunier.—El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.



Algunas observaciones sobre la higiene de la reproducción



El hombre debe reproducirse y dejar a lo menos un hijo que continúe su obra, pero debe ser consciente de la trascendencia de este hecho y estar en condiciones de ser dignamente padre. Cuando se ven por doquier tantos infelices niños degenerados, cretinos, inútiles, llenos de lacras y taras hereditarias, aterra pensar en la falta de conciencia de la propia responsabilidad del hombre.

Los mil y un errores de la vida actual, el ambiente de perennes excitaciones sexuales en que se vive, la corrupción reinante, la falta de una educación sexual en el niño y aun en el hombre, y sobre todo esto la debilidad de los organismos por enfermedades y vicios, son los desdichados elementos que contribuyen a echar al mundo tantos degenerados.

El problema tiene raíces muy hondas y sólo mirándolo desde su origen, desde la educación sexual del niño y de una moral sexual del hombre, tiene posible solución. Mientras el hombre crea que puede engendrar hijos desgraciados porque este hecho es solamente un incidente en un episodio de placer; mientras se vea en la procreación una mera consecuencia del acto sexual en lugar de ser su verdadero objeto; mientras estos hechos no vivan en la conciencia de los hombres y por otra parte se complemente esto con una reglamentación (acaso imposible) de la prostitución y con el reconocimiento previo obligatorio para los que aspiren a crearse un hogar, el problema estará en pie y por ello toda divulgación de higiene de las funciones de reproducción será siempre útil.

La edad del hombre y la mujer no es cuestión indiferente. El hombre debe procrear cuando esté totalmente desarrollado, cosa que no suele ocurrir, fisiológicamente hablando, antes de los 25 años. La mujer tiene su edad óptima entre los 20 y los 35. El hombre demasiado joven no puede engendrar todavía hijos fuertes y el viejo, por lo general, tampoco. La mujer muy joven, recién salida de la pubertad acaso, hecha mujer precipitadamente por anticipación de la función menstrual, no es apta todavía para concebir normalmente y el parto supone para ella un peligro evidente. Si tiene más de cuarenta años no debe tampoco engendrar, no sólo porque en las condiciones actuales a esa edad (que debiera ser la plenitud), los organismos están ya gastados, sino también porque entonces el parto es difícil y peligroso por la menor elasticidad de los ligamentos y del sistema óseo pelviano. En síntesis: *la procreación debe tener lugar en el hombre y la mujer, dentro del período de máxima fuerza vital y de plena juventud.*

Ni que decir tiene que la salud más perfecta debe ser condición necesaria para poder engendrar un hijo sano. Basta estar no ya enfermo, sino simplemente decaído o debilitado, para que el producto de la concepción sea ya por esta sola causa débil. La sífilis, la tuberculosis y el alcoholismo, constituyen una trinidad fatal en cuanto a dar al mundo seres degenerados por herencia. Los individuos que sin ser enfermos han llevado una vida de grandes excesos sexuales, no tendrán hijos fuertes y sanos tam-

poco, a menos que la madre sea excepcionalmente sana y robusta.

El momento o acto mismo de la unión sexual, es también de trascendental importancia. El hombre y la mujer que se aman deben ver en este acto una finalidad: la concepción de un hijo, y no solamente un medio de placer. Sus pensamientos, si quieren engendrar conscientemente un hijo sano y bello, han de enfocarse en esta dirección con plena conciencia de la importancia del acto que se realiza. El acto sexual no deberá tener lugar nunca de una manera fría, sin verdaderos deseos de ambos cónyuges, ni bajo estados deprimentes o emociones dolorosas.

Las épocas más propicias para la procreación, son la primavera y el otoño, luego el in-

vierno y finalmente el verano, que debiera ser época de reposo genital para el hombre. El momento más propicio para la fecundación son los días que preceden a la menstruación en la mujer, o los que inmediatamente subsiguen, por ser aquellos en que más fácilmente puede encontrar el óvulo femenino al espermatozoide, sin estar debilitado éste. No es indiferente tampoco la hora del acto o unión sexual, que erróneamente suele practicarse de noche o de madrugada, siendo así que la hora óptima sería la de la mañana o al mediodía (hora de máximas energías cósmicas y corporales), y si el acto sexual tiene lugar en plena Naturaleza, mucho mejor aún.

DR. ROBERTO REMARTÍNEZ



La doctrina eugénica de Amorós



Amorós fué un escritor español fallecido en 1912. Leyendo sus obras se descubre el talento extraordinario que poseía. Brillan, en primer término, la figura de ingenio y la penetración del pensamiento. Era Amorós un espíritu denso y tenso, dotado de pulcritud señera. Ramón Gómez de la Serna—que es su cordial biógrafo—le retrata bien con estas expresivas palabras que pone en los labios del amigo muerto, como si de hecho fuesen la materialización del “yo” de Amorós: “Yo fuí algo más sencillo y más elemental que un gran hombre; yo fuí un hombre de mi tierra y de mi tiempo, que me asomé por encima de lo que sucedía a lo que debía de suceder; yo fuí el primero que antes de que se descubriese el aeroplano volé por encima de toda mi patria, por encima de Europa y por encima de la ciudad futura.”

*
**

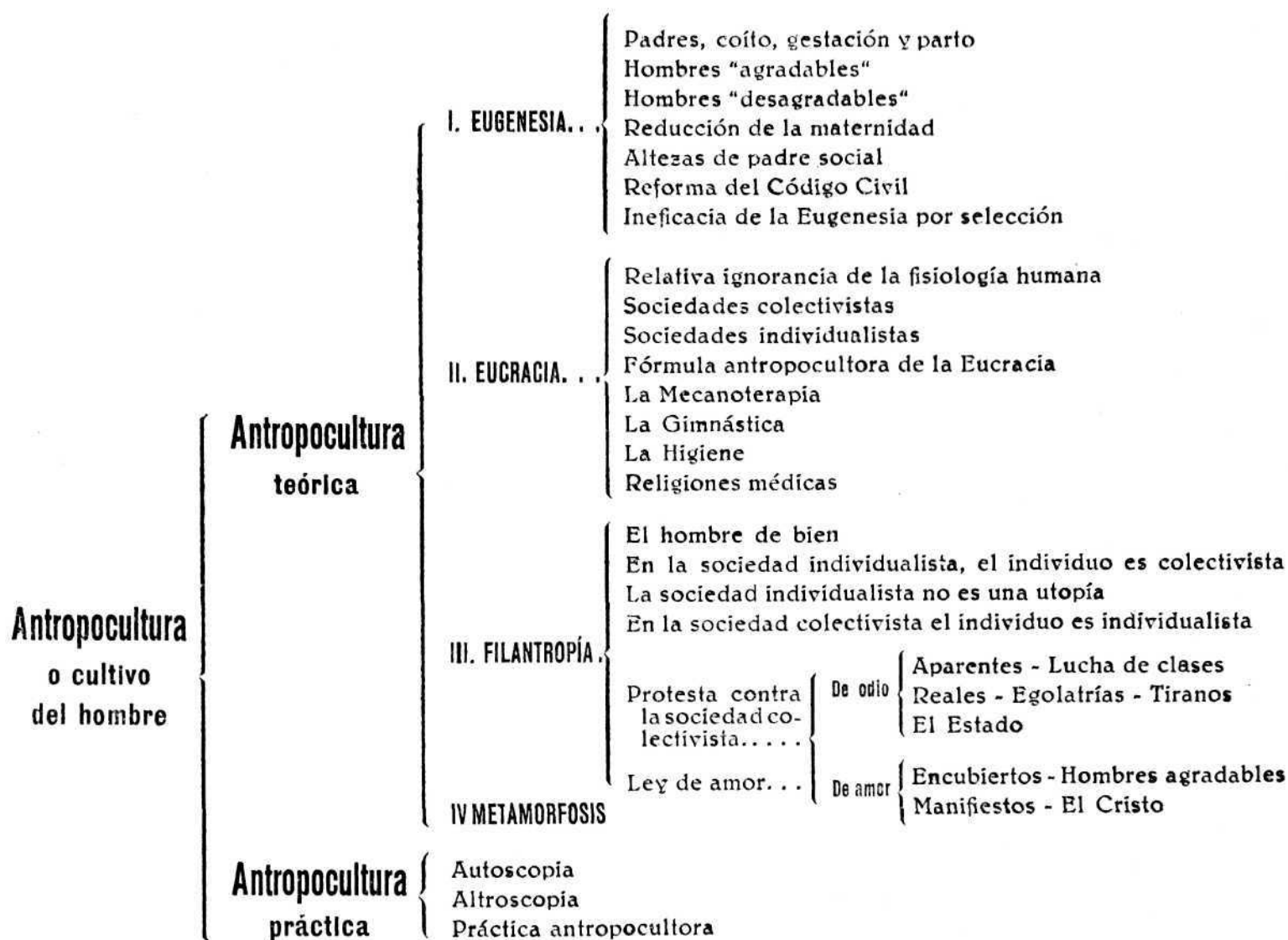
Y así es, con efecto. En España, al menos, Juan Bautista Amorós es el precursor del eugenismo. El es el primero que se preocupa del problema de la raza y el primero que piensa una solución y el primero que traza con mano

maestra un plan inteligente para el cultivo reflexivo del hombre. Pero su tratado de “ANTROPOCULTURA” quedó entre las páginas inéditas de Amorós, por lo que no podemos fijar la fecha de su composición y sólo pudimos conocerle cuando Gómez de la Serna dió a la publicidad el legado espiritual de su entrañable amigo.

Gómez de la Serna encabezó entonces la obra de Amorós con estas sentidas frases: “El original inédito que estaba en la carpeta de la que he sido legatario es éste. He dejado sin publicar algunas cuartillas para poder dar en la tercera parte de este libro unas páginas escogidas de otros libros suyos, páginas que son necesarias, que necesito para completar la figura del Maestro. En la Antropocultura está solitario, desnudo y trémulo el ideal de un hombre bueno y generoso. En él está redondeada la bondad viril de los pocos de un modo inimitable. Leamos estas páginas porque conviene reconocer los ejes centrales y primordiales de nuestro espíritu. Lo elemental necesita un riego intenso. En nuestro interior algo se enlucirá con la lectura de estas páginas tan espontáneas y tan creídas.”

De esas bellas páginas yo quiero exponer aquí el plan y ofrecer un resumen de su contenido, para estímulo del lector, que—estoy seguro de ello—buscará en seguida la ampliación

necesaria en las *Páginas escogidas e inéditas* publicadas por *Biblioteca Nueva*, bajo la dirección de Ramón Gómez de la Serna.



La Antropocultura necesita el concurso de todo el saber humano, porque todo lo hecho por el hombre interesa al hombre. La Antropocultura teórica estudia la *Eugenesia*, la *Eucracia*, la *Filantropía* y la *Metamorfosis*. La Eugenesia es la aristocratización del nacimiento en el hombre. La Eucracia es la aristocratización fisiológica del hombre. La Filantropía es la aristocratización del individuo en la sociedad humana. La Metamorfosis es la aristocratización de la materia humana en el Cosmos.

EUGENESIA.—El nacido es función del padre, de la madre, del coito, de la gestación y del parto.

No es lo mismo heredar del sano que del enfermo. No dan el mismo fruto el coito por sorpresa o por lujuria y el coito amante. No es igual nacer de un parto fisiológico que de un parto provocado. Y sobre todo hay mucha di-

ferencia entre ser gestado con ira y con espanto a ser gestado con amor y con esperanza. (Como santo testimonio de la sugestión en la gestación recuérdese a los beatos que la Biblia habla de corderos que nacían con pintas porque las ovejas veían varitas de colores en los abrevaderos.) El gestado con amor nace predispuesto a amar (sencillo caso de herencia como la inminencia morbosa); es un *agradable* y endulza la vida ajena. El gestado con odio es un *desagradable* y amarga la vida ajena. La antropocultura quiere que todos los hombres nazcan "agradables"; y, por eso, quiere redimir a todas las mujeres asegurándolas gestaciones gratas.

Esto es fácil considerando que la mujer es la única dueña del secreto del nacimiento. Únicamente ella puede saber cómo fué engendrado, gestado y parido su hijo. Natural es que los hijos sólo sean de sus madres; y que a la socie-

dad no le interesa saber (no lo sabrá nunca) quiénes son los padres de esos hijos. Con las correspondientes altezas sociales, será socialmente padre de un niño quien le alimente, eduque, instruya, defienda, enriquezca y enseñe a amar a su madre. A este alto honor ciudadano acaso agregue el convencimiento de ser el engendrador; pero ello no ha de tener más alcance que el de una íntima satisfacción personal.

Tal procedimiento exige en el Código civil una leve alteración que no debe asustar a quienes tranquilamente dictan o soportan mandatos que destruyen la riqueza, el honor y la vida de hombres y de pueblos.

Buscar la Eugenesia *casando* parejas seleccionadas es inútil, porque todos los matrimonios ordenan la fidelidad de la mujer, pero no la producen. Si la hembra es libre materialmente nunca se sabrá quién engendró al hijo, y el procedimiento eugenésico no tendrá fundamento serio. Si la hembra no es libre materialmente, el hijo será gestado con ira; nacerá *desagradable*, y el procedimiento eugenésico será contraproducente...

EUCRACIA.—Son eucracias aparentes la obesidad, la polisarcia, el endurecimiento (frecuente en los gimnasios) de un músculo que, sometido a un esfuerzo continuado, no ha podido segregarse; y otras enfermedades y monstruosidades. La verdadera Eucracia es el equilibrio fisiológico que permite y produce el cumplimiento fácil y espontáneo de la ley biológica.

No conocemos completamente nuestra fisiología actual. Hay órganos y funciones cuyos fenómenos y cuyos órganos ignoramos. La Mecánica animal ha vivido olvidada y progresa poco, quizás porque al estudio de la máquina humana sólo se aplica el de una Mecánica rudimentaria... Pero ya se han hecho estudios de mecánica pura acerca de resistencias de huesos, de tracciones musculares, de circulaciones y de termodinámica: hasta de los efectos *morales* del ejercicio (Magendia, Nogier). Llegaremos al final y conoceremos al hombre perfectamente equilibrado para cumplir su ley biológica... La Eucracia no es la Mecanoterapia, ni la Gimnástica, ni la Higiene. La verdadera educación física formará parte de la Antropocultura que, si le fuese posible, adaptaría el hombre al fin biológico...

La Gimnástica de moda (sportiva o deportiva) es, en resumen, la lucha: el eterno afán de pelear los hombres contra los hombres. El Estado (que no protege otras Gimnásticas amantes) protege el *sport* porque es germen de odio del hombre al hombre, de la región a la región, de la nacionalidad a la nacionalidad; porque el vencedor tiene orgullo inhumano, y el vencido tiene ira dolorosa; y porque así están animados y habituados al colectivismo los hombres fuertes, y el Estado quiere que todos los presuntos rebeldes se agrupen, pues las agrupaciones pueden dominarlas bien y al individuo se le domina mal: se puede deshacer un pueblo sin dejar rastro, pero no se puede matar a un Cristo sin que deje una religión. Y es lástima que los humanos pierdan su tiempo en esas luchas que generalmente no educan ni divierten, y no empleen sus ocios y los esfuerzos de vigor y de destreza en simular simpáticos actos de socorro en el supuesto incendio, en el supuesto naufragio, etcétera, como lo recomiendan y lo describen muchos autores (Valletti, Maique y otros). Para los actores y los espectadores sería esto más humano y más honroso que los deportes, donde los luchadores actúan de naipes y los espectadores actúan de tahures...

FILANTROPÍA.—La Historia nos enseña que no perduran los Estados que entorpecen la marcha de la Humanidad que va, con besos en los labios y con besos en las ideas, transformando su morfología y su psicología hasta extinguir las diferencias que caracterizan a las razas humanas y los odios que separan a los hombres.

Leibnitz dijo sencilla y elocuentemente que el hombre de bien es el que ama a todos los hombres. Así queda también definido el hombre malo. (Ironías del platonismo.)

La sociedad individualista, creada para el mejoramiento de cada uno de sus individuos, es la madre amante que, en bien de su hijo, abdica de sus pasiones, cambia de idioma, de costumbres y de religión; que no quiere más gala que las galas de su hijo; que no le explota; que no le arriesga, y se cree recompensada con la seguridad de que su hijo se jugará la vida por defender a su madre. En la sociedad individualista el individuo es colectivista; ama a la colectividad que le ama; ama a todos los individuos

porque todos le aman; es filántropo y es hombre de bien.

La sociedad individualista no es una utopía. A ella marcha la Humanidad, y debe recordarse, como ejemplo comprensible, que los mayorazgos y las vinculaciones creadas para *sostener la grandeza de la casa* eran el sistema de sociedad colectivista en la familia. Parecían las viudas y los segundones; y, entre tanto, el primogénito no podía sostener su rango con las ventas mermadas por la rapiña y por la ignorancia de los administradores. Como esta forma colectivista de la familia han desaparecido otras; y ya van enaltecándose en el Código Civil la mujer y el niño. Y téngase en cuenta que el mayor atraso de los pueblos está en sus códigos civiles.

En la sociedad colectivista, el individuo es individualista; no ama a la colectividad que está dispuesta a sacrificarle por el supuesto bien de la agrupación; no ama a su prójimo que, para vivir, necesita explotar al prójimo; se ama a sí mismo; esto es la egolatría. La llamada caridad y el llamado heroísmo, no son generalmente manifestaciones de amor hacia el individuo o la colectividad, sino manifestaciones de egolatría, de soberbia individual, hechas a costa del caudal y hasta de la vida. El verdadero y sano altruismo, sólo es posible en los partidarios de la sociedad individualista, basada en el amor a todos los hombres. Como la sociedad colectivista no ampara al individuo, todos los individuos están en lucha contra la sociedad. Estas luchas tienen dos aspectos; uno aparente, la lucha de clases; y otro cierto, la lucha de egolatrías...

METAMORFOSIS.—En este estudio, Amorós considera la muerte como un *convencionalismo*. Para ello desarrolla una tesis en la que expone que si hay una muerte de la vida, hay una vida de la muerte. El muerto tiene su fisiología, que es diferente a la del vivo; pero como fisiologías diferentes pueden producir análogas funciones, llega a la extraordinaria conclusión de que los muertos piensan y que estudiando la cabeza de un cadáver a través de luces esenciales o quizás convirtiendo el cráneo en caja sonora, se llegará a conocer el ruido característico de la elaboración del pensamiento, y entonces podremos cerciorarnos de que muchos

sabios no discurren y de que discurren los cadáveres...

Finalmente, la parte práctica de la Antropocultura de Amorós es un extraño capítulo donde campea el humorismo más agudo. Ni el extracto cabe en este artículo.

N. B.—El autor a quien venimos refiriéndonos fué conocido en el mundo de la Prensa con el pseudónimo de Silverio Lanza; de él dijo Azorín: "Es una figura de las más interesantes de nuestra literatura". Pío Baroja también dijo: "He hablado con hombres de talento, he conversado con Eliseo Reclus, con Pí y Margall, con Salmerón, con don Juan Valera, con Galdós, con Benavente; ninguno me ha producido la admiración que me ha producido Lanza." Y para terminar, queremos recoger otra opinión que es la que tal vez precisa mejor el valer de nuestro autor: es de Gómez de la Serna y dice: "Silverio Lanza es, ante todo y sobre todo, una actitud, y yo creo que la sola actitud de un hombre puede servir para consagrarle, pues aunque haya muchos hombres que tengan galería de obras completas, casi no hay ninguno con la actitud suprema."

LUIS HUERTA

Madrid, Enero 1929.



ESTUDIOS

REVISTA ECLECTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año (12 números)..... 6'50

Para los demás países: Un año (12 números)..... 8
Incluido el número Almanaque de 1.º de año.

La suscripción puede empezarse en cualquier mes.

Número suelto, 50 céntimos

A corresponsales y librerías el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.—Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., dirijanse al Administrador: J. Juan Pastor.—Apartado 158.—VALENCIA (España).

La Muñeca

Drama en tres actos, por F. CARO CRESPO.

Forma un elegante tomo de más de cien páginas.

Precio, 1'50 ptas. Pedidos a esta Administración.

La conquista de la Vida

Hemos pasado el ensueño de ser ricos y los propósitos de año nuevo. Buena parte del último mes del año sirve para levantar castillos en el aire, y que no teniendo fundamento, se vienen abajo, causando la decepción de los que, en cosa tan fortuita, pusieron sus esperanzas.

Todos los que sueñan con ser millonarios de repente, como por arte de encantamiento, son seres sin voluntad y con absoluto desconocimiento de lo que es la vida; para ellos, tener dinero es la panacea universal que todo lo cura, y nunca pensaron en que la conquista de la vida no es cuestión de bolsillo, sino de voluntad.

Los refranes de que "Los duelos con pan son menos" y "Donde no hay harina todo se vuelve mohina", han arraigado demasiado entre los que quieren escalar los primeros puestos en la sociedad, pensando que las cadenas doradas son menos pesadas de arrastrar que las de hierro.

Unas y otras atan al hombre a la esclavitud y el esclavo no puede conquistar la vida, sino marchar a remolque por los caminos trillados, que obligan a todos a abdicar de su individualidad, en aras de lo establecido y acatado por una mayoría, falta de iniciativa individual y sobrada de rutina y egoísmo.

Hay a quien le corresponde un pequeño premio de la lotería y desde entonces se convierte en un esclavo del dios casualidad, su vida y sus escasos ahorros se supeditan a buscar un premio que le permita satisfacer sus anhelos; tiene grandes propósitos, pero todos los pondrá en práctica cuando sea rico; jamás una mujer fué deseada con tanto amor como el número de aquel billete, que adquirió a costa de privaciones, y si por casualidad un día acierta, no es difícil que pronto el vicio y las cosas más insustanciales consuman aquel dinero que se creyó como parte principalísima de una vida.

Casi todos aspiran a disfrutar de la vida de un modo muy distinto a la que arrastran en la actualidad; pero muy pocos tiran por la borda

cuanto pueda constituir un estorbo para gozarla tal y como la reclaman sus aspiraciones y su naturaleza.

Desde que los humanos pensaron en reglamentar todos los actos de su vida, con arreglo a un tipo único de moralidad y ciudadanía, ataron la vida al carro de la rutina y el convencionalismo, y el que se cree que poseyendo los medios que le permitan representar un papel en la farsa social se prepara una vida dichosa, no hace nada más que remachar los eslabones de la cadena de la esclavitud.

La vida es algo simple y sencillo, que los humanos se han empeñado en complicar, y el concepto que cada uno se forma de ella, le marca la conducta a seguir para conquistarla, disfrutando de ella tanto más intensamente, cuanto más se despreocupe de todo el artificio que le rodea.

El refrán de "Año nuevo vida nueva" debe sustituirse por el estudio de nuestras necesidades, para conquistar los medios de satisfacerlas, considerando que si vivimos de acuerdo con nosotros mismos, nos sobra la aquiescencia ajena.

La vida no es una prostituta a quien hay que comprar con dádivas y regalos, porque los dones así adquiridos son tan perjudiciales como los besos pagados, que además de denigrar a quien los recibe, llevan consigo muchas veces la enfermedad y la muerte.

No es tampoco la hembra pasiva e inculta que se satisface vegetando en la mediocridad y la vulgaridad.

La vida es algo grande y exquisito, que sólo se entrega a quien sabe conquistarla, como el amor que equilibra nuestro organismo y ennoblece nuestras facultades sólo es patrimonio de quien sabe sentirlo, desearlo y colocarlo por sobre todos los convencionalismos y todos los egoísmos.

ANTONIA MAYMÓN


IDEACIONES
La gula de vivir


El fin de la vida es el placer. Nos oponemos los más, y con razón, a que sea de otro modo. Muchos grandes filósofos han convenido en ese fin. Hay que gozar la vida.

Pero queremos gozar la vida atropellándola. La gula de vivir va tomando proporciones aterradoras. De *gourmets* hemos pasado a ser *gourmants*.

La gula es gran pecado. Es el exceso. Es el abuso. Es el vivir para comer.

Notad el raro fenómeno que se produce en nuestros tiempos. Anhelosos de ampliar la vida vamos empequeñeciéndola más y más.

Lo propio que ocurre en fotografía, con el prurito de la ampliación van perdiéndose los detalles.

El lema es: "¡Aprisa, más aprisa!" Yendo cada vez más aprisa no queda espacio para ver nada, para apreciar nada. Pasamos revista al galope. Observamos a 120 por hora e intentamos hacerlo a 200.

Vamos a mecanizar hasta los sentimientos. Vamos a acelerar hasta los latidos. Vamos a conseguir el hombre autómatas.

En nuestra moderna sociedad el amor, por ejemplo, ha llegado al automatismo. La conyugalidad obedece al motor conveniencia o interés. Enamorarse es ridículo. Antes de saber las prendas morales de un cónyuge, indagamos la cuantía de sus bienes. Los matrimonios son cosa mecánica. Se deshacen con facilidad. Con la misma facilidad con que se forjau.

Las ideas se cotizan a menudo, forman ya parte del engranaje negocio. Nos las dan hechas. Salen como los resultandos de una máquina calculadora. Llamamos cultura al conjunto de conocimientos que facilitan la prosperidad material, y la Estadística se ha convertido en ciencia madre. Es el más culto el país donde más inventos se producen, por cuanto esos inventos crean riqueza, y la riqueza afirma poderío, y el poderío monetario es signo de civilización.

Se nos van a indigestar civilización y cultu-

ra, que conocemos a todo pasto, condimentadas con especias que se llaman codicia, egoísmo, especulación, fraudulencia, habilidad, etc.

¿No hubo grandes civilizaciones antes de la nuestra? Sí. Y aquellas civilizaciones no necesitaron de tanta mecánica. Lo cual hace sospechar que padecemos o vamos a padecer un empacho de mecánica. Se ha desarrollado el ingenio a costa del sentimiento.

El ingenio mecánico es una sabiduría relativa. La máquina llega a anular la personalidad, a estar en pugna con el arte. Asombra por su precisión. Pero carece de alma.

Y el mundo entero va resistiéndose de falta de alma. En lo social, en lo político, en lo moral, en todo. Hacemos del panorama universal un lienzo netamente cubista. Ya nadie lo entiende. Todo es bloque.

"¡Aprisa, más aprisa!" Cantidad, no calidad. Devoramos. Distancias, fortuna, impulsos, tiempo, elementos, fuerzas. Somos unos tragones, un hato de vampiros.

La Naturaleza es la unidad en la variedad. Ya se sabe. ¿Habéis visto una planta de dos flores idénticas? Pues una flor mecánica, cortada a patrón, será exactamente igual a otra flor mecánica si no interviene la mano del hombre para impedirlo. La máquina es la uniformidad. Lo matemático es terrible. Según frase de un gran pensador, las matemáticas dejan el espíritu donde lo encuentran. ¿Aceptaremos que las voliciones, sin artificializarlas, puedan moldearse?

Un artista no será jamás un calculista. El echar cuentas es patrimonio de los hombres prácticos. Y los hombres prácticos son los golosos de la vida, los que la limitan al festín, los que hacen del millón un ídolo, una divinidad, un dios.

Los ogros del caudal informan el vivir moderno, imponen el hartazgo, determinan el desequilibrio social, político y fisiológico. Ante el mecanismo de hierro o acero descuidan la

máquina de carne. Por el organismo artificial desdeñan el organismo natural, la maravilla humana. La sangre importa menos que la gasolina, el petróleo, la hulla. El alma universal es el oro.

Tanto se desdeña la maravilla humana, que esos ogros la sacrifican a veces a sus egoísmos. Un señor que inventa una máquina de guerra, para que funcione y produzca, esa máquina provoca una mortandad. Y asegura luego que las víctimas—sus víctimas—dieron la vida en aras de la civilización...

Ampliamos la vida, sí, reduciéndola. La intensificamos acelerando su término. Cargamos nuestro maniquí de mimbres con un peso que lo despachurra. Nos suicidamos de un atracón. Que es una forma de suicidio completamente *shocking*.

Los bárbaros eran bárbaros. Pero no idiotas. ¿Está en sus cabales el gran conjunto?
¡Hoop la!...

SEBASTIÁN GOMILA

CRÓNICA

Lo mío y lo tuyo

¿Y las nuevas idealidades? ¿Y los nuevos moldes?... Porque han pasado diez años desde que terminó la guerra europea, y es hora de que los hombres de buena voluntad pensemos en ello. La Gran Guerra fué, más que nada, un espantoso desengaño y un horrible mentís que la realidad dió a los programas generosos de no pocas idealidades y doctrinas. Ahí está, hecho añicos y caído a nuestros pies, el ideal socialista y el ideal revolucionario, que fué, durante más de un siglo, el vellocino de oro de todo el proletariado europeo. El ejemplo de Rusia hace volver los ojos con espanto a los que ayer mismo consideraban como el principio de la justicia social la desaparición de la propiedad individual y la abolición de los antiguos códigos que garantizan *lo mío y lo tuyo...* La Gran Guerra fué, además, el gran fracaso de los ideales republicanos de muchos pueblos. El ejemplo palpable de ello nos lo ha dado Alemania, al pasar bruscamente de la más imperialista de las monarquías a la forma republicana. ¿Y qué? El pueblo alemán es, en el fondo, el mismo pueblo de antes, con sus viejas ambiciones y con sus viejos odios... ¿Verdad que sí, Francia?...

* * *

Todas las revoluciones que registra la Historia se han realizado por grandes ideales de Bien y de Justicia común; y, sin embargo, todas

han fracasado y conducido a nuevos despotismos y a nuevas tiranías. ¿Que no?... ¿Que el hombre de hoy tiene una envidiable serie de libertades y, por ende, de felicidades, que son el fruto de la sangre derramada por miles de generaciones?... ¡Bah!... Yo no creo en eso. La esclavitud sigue existiendo en nuestros días peor y más terrible que en tiempo de los Griegos. La vida del pobre es hoy mil veces más penosa y cruel y llena de injusticias y de sarcasmos que la vida del esclavo romano, que tenía, al menos, segura la existencia. El hombre de hoy puede morir perfectamente de hambre en medio de nuestra cacareada civilización; el hombre de hoy es dueño o esclavo, como en las épocas bárbaras de la Historia; y el hombre de hoy, reclutado y armado por los hombres que dirigen los pueblos, sale de su patria, penetra en la patria vecina, asola, incendia, roba, viola y mata; y choca con otra manada de hombres, que le espera también borracha de sangre y de odio... ¿Dónde está el progreso que nos hace mejores? ¿Dónde están las conquistas de la soñada justicia y de la desaparecida iniquidad?...

* * *

Y es que todo eso se opone a nuestra naturaleza y a nuestra triste condición. Como un estigma, en el fondo de todas las almas humanas va grabado el letrero origen de todo dolor

y de toda miseria: *Lo mío y lo tuyo...* En vano los espíritus de los hombres escogidos intentarán redimir nuestros destinos a la luz generosa del Arte y de la Ciencia; en vano intentarán elevarnos sobre la Tierra, mejorarnos, ennoblecernos, hacer que la luz de sus espíritus brille más y ciegue a la que dimana de las cosas materiales... ¡Inútil todo lo que se haga; inútil, siempre y por siempre inútil!

Porque quizá la vida es aquel horrible *Jardín de los suplicios*, que ya nos pintó Mirbeau... y donde "las pasiones, los apetitos, los odios, la mentira y las leyes, y las instituciones sociales, y la justicia, el amor, el heroísmo, la gloria, las religiones... son las flores monstruosas y los horribles instrumentos del eterno sufrimiento humano..."

ANTONIO GUARDIOLA

GACETILLA



Ahora que se van apagando los últimos cohetes del centenario de Tolstoi, quizás será oportuno decir lo que en él ha faltado.

Novelista genial, dramaturgo, gran escritor, artista en el más amplio sentido de la palabra, hombre torturado por una sed insaciable de verdad, Tolstoi ha merecido, al cumplirse el centenario de su nacimiento, que todos los periódicos y revistas del mundo se ocupen de él.

Su vida, en muchos aspectos trágica, se ha analizado de un modo minucioso. Su actitud de los postreros años, de una grandeza pocas veces igualada, ha sido estudiada menudamente, buscándole las más profundas ramificaciones. La hondura moral de su obra toda, de manera señalada la concebida en los últimos períodos de su existencia, ha dado lugar a multitud de comentarios del más vario sentido, aunque todos henchidos de admiración y de respeto. Su muerte, rodeada de pequeñas miserias familiares, también ha sido analizada con todo detalle. La gran figura ha aparecido así, incluso ante los que de ella sólo tenían vagas noticias, con todo el relieve de su inmensidad.

Naturalmente, no han escaseado tampoco las palabras poco importantes. Algunos escritores han echado a rodar buen número de lugares comunes, que no lo parecían por estar vestidos de nuevo, y otros los han recogido y vuelto a lanzar a los cuatro vientos. Asimismo no han dejado de asistir a la cita de los eruditos, esa plaga de todos los grandes hombres.

Lo que ha faltado en el centenario de Tolstoi ha sido el homenaje de los campesinos, a quienes tantas horas de su intensa vida dedicó y cuyos trabajos compartió al mismo tiempo que escribía los libros que habían de conducirle a la inmortalidad.

¿Cómo debía ser este homenaje? No lo sé. No soy especialista de nada, y menos de homenajes. Cualquier cosa que hubiesen hecho los campesinos, no sólo los de Rusia, sino los de todo el mundo, habría estado bien, tan bien como el comentario más agudo que haya sugerido su obra imperecedera.

Tolstoi, ya muerto, pervive en la memoria de los hombres por lo mucho que hizo por todos, y por la herencia magnífica que nos dejó de obras perduraderas: novelas, dramas, cuentos, memorias, fábulas, tratados, estudios. Obras palpitantes de calor humano, encendidas en amor para todo lo que vive, fervorosas, estremecidas, torturadas por el ansia inagotable que su autor sentía de dar forma a verdades valederas para siempre. Los campesinos, que fueron una de sus preocupaciones más hondas, no deben olvidarle. Sus palabras, por muy torpemente que hubiesen sido dichas, habrían ocupado lugar preferente en el centenario.

**

No sé qué escritor cómico dijo que el trasto más molesto inventado por la civilización era el paraguas, si no fuese el reloj despertador. Parodiándole, puede decirse que la cosa más

tonta que han ideado los periodistas es la interviú, si no lo fuese la encuesta.

¿Ha leído algúen, en efecto, más tonterías juntas de las que suelen reunirse en una encuesta? Sobre todo, cuando ésta tiene relación con algo que apasione, las tonterías y las simplezas se desbordan. Incluso las personas de cierto ingenio se deslizan por la pendiente de la frase roma, sin agudeza y sin sustancia. La verdad es que nadie quiere comprometerse diciendo lo que realmente piensa. Se juzga más conveniente salir del paso con palabras tontas, como si esto no fuese una manera más grave de compromiso. Nada hay que comprometa más que la tontería, máxime si se espera sagacidad, flechas bien lanzadas.

Véase, en prueba de lo que antecede, la encuesta actual de *Estampa* acerca del fútbol. Frases manidas y más frases manidas. Una sola excepción. La de Ramón Pérez de Ayala. Casi siempre es excepción en todo. Así va creciendo su valía.



Hasta ahora, lo primero que era menester para hacer un periódico eran periodistas. Un escritor de buen humor afirma que, a juicio de un millonario norteamericano, esto es un error, herencia de los tiempos antiguos.

Las cosas más extravagantes de Norteamérica, suceden en Chicago. De Chicago parece ser que es este millonario. El cual, al reunir las personas que con él habían de fundar un periódico, se extrañó mucho de que estas personas hablaran en primer lugar de los periodistas.

—¿Por qué pensar tan pronto en los periodistas?—preguntó—. Lo que necesitamos ante todo son unos cuantos desalmados que se comprometan a realizar diariamente alguna fechoría. Esto permitirá poner en la primera plana del periódico unas letras muy grandes. Mientras no contemos con esos desalmados, la empresa no es viable. Cuando los tengamos, será cosa de pensar en los periodistas. No nos faltarán.



He ido a ver una película de ambiente español, fabricada no sé si en Francia o en Norteamérica. Tanto da. No he tenido interés en averiguarlo.

Se trata de una verdadera españolada. Sin

mala intención, por lo que parece. También esto me tiene sin cuidado.

Aristócratas, gitanos, toreros y bailarinas. Todos ellos andaluces, pero una especie de andaluces que en Andalucía serían tomados por seres de algún país muy lejano.

No me extrañaría nada que cualquier día se descubriera en Sevilla algo así como una fábrica de andaluces de estos, no sólo para exportarlos a París, Londres y Nueva York y asombrar a los públicos de esas ciudades desde los escenarios, sino también para hacer películas como ésta.

En el mismo Barcelona tienen un éxito loco estos andaluces de exportación. Recuerdo, al efecto, una anécdota sabrosa. En un teatro barcelonés actuaba un cuadro flamenco, recién llegado, según los anuncios, de la propia Sevilla. Dos andaluces, sevillanos, fueron a ver el espectáculo. Era un *tocaor* de guitarra, un *cantaor* de flamenco y una *bailaora*, también de flamenco. Ni el *tocaor* ni el *cantaor* ni la *bailaora* hacían nada que fuese, realmente, andaluz. Los dos andaluces, claro está, se aburrían, o mejor, se asqueaban de aquel rebajamiento de sus admirables cantos y bailes populares. Todo el demás público, aplaudía entusiasmado.

Un vecino de los dos andaluces, viendo que éstos no aplaudían, les preguntó:

—¿No les gusta este espectáculo?

—No—respondieron.

—¿Es posible?

—Sí, señor, es posible. No nos agrada.

—Deben ser ustedes extranjeros. Sólo así me explico que no les agrade.

Volviendo a la película, sería deliciosa si los que la han hecho supieran lo que es el humor. Faltándole éste, es estúpida en grado extremo.

Entre las muchas cosas que están esperando ser salvadas de la estupidez, el cine ocupa lugar señalado.

JULIO BARCO

Colección "Vértice"

Tomos de 160 a 200 páginas, a 1'10 pesetas

TITULOS PUBLICADOS

La lucha por la Existencia, por Darwin.

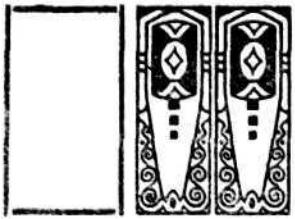
Apología Socrática, por Platón.

El pasado y el porvenir del pueblo, por Lamennais.

Los habitantes de Marte, por Flammarion.

La Mancebía, por Maupassant.

Háganse los pedidos a esta Administración: Apartado 158, Valencia.



Si viviera usted en el año 2123...

El trabajo que damos a conocer a los lectores produjo una acalorada discusión cuando su autor lo dió a conocer en la Universidad de Cambridge, no tan sólo por las profecías que en él marca, sino por las teorías en la biología y eugenismo.

Su autor, I. B. S. Haldane, es profesor de Química biológica en la Universidad antes citada. Aparte de sus funciones universitarias, es uno de los primeros investigadores de Biología en Inglaterra.

Creemos que los lectores de ESTUDIOS apreciarán en lo que vale este trabajo, que profetiza cosas que han de ser en el mañana aceptadas por la sociedad, tanto como son hoy discutidas.

I

¿Es el hombre, según la visión de Samuel Butler, un parásito de la maquinaria, un apéndice del complicado artificio que irá sucesivamente usurpando sus actividades y acabe por suplantarle en el reino del planeta? Una ojeada sobre el curso actual de la ciencia arrojará alguna luz sobre la cuestión.

Veamos ante todo si existe alguna esperanza de que se detenga el progreso de la investigación científica. En la Edad Media, esa investigación era virtualmente imposible y peligrosa, y creo que Chesterton y Reinach abogarían por que siguiera siéndolo, con ser pensadores bastante liberales.

Opino que en nuestro actual sistema económico el progreso científico nada tiene que temer. El capitalista no siempre dará al trabajador científico el salario condigno; pero siempre le protegerá como a uno de los gansos que producen huevos de oro para su mesa. Y la competencia internacional, por mucho que la guerra se cohiba, difícilmente renunciará a las ventajas nacionales que dimanán de la investigación.

Los partidos laboristas incluyen en sus programas el fomento de la investigación, y por lo que hace a la Biología, el trabajo es mucho mejor amo que el capital.

Podrá ocurrir que la civilización caiga en colapso, y con ella, la ciencia, cual ocurre en parte de Rusia; mas no se olvide que aun allí prosigue la alta investigación.

Se ha insinuado, no sé si seriamente, que el avance de la ciencia puede cesar por falta de nuevos problemas. Chesterton profetizó hace quince años que el *bausom* duraría aún cien años por desfallecimiento de la invención. Hace seis años que el *bausom* reposa en el museo como episodio romántico de la historia del vehículo; así la tritreme, y el velocípedo, y el biplano de Voisin. Ya vemos la fe que deben merecernos las profecías de Chesterton. Vamos a demostrar cuán incompletas se hallan las diversas ramas de la ciencia.

Procede citar a Wells, que, como profeta, es bien modesto. En 1909, en *Anticipation*, predijo que habría en 1950 máquinas voladoras más pesadas que el aire. Y temió que su vaticinio cayera en el ridículo. Procuraremos no hacer profecías más arriesgadas que las de Wells.

La física está en suspenso, debido, entre otras causas, a Einstein.

Desde Berkeley, defendieron los filósofos que el tiempo y el espacio sólo tienen existencia mental. Mas vieron pronto, a pesar de esto, que el tiempo seguirá esperando después del último hombre, y el espacio continuará separando a los enamorados. La única consecuencia práctica que dedujeron fué la de que sus ideas éticas y políticas eran, en cierto modo, inherentes a la estructura del universo.

Einstein, sin embargo, lejos de producir un nuevo decálogo moral y político, se ha contentado con deducir las consecuencias para el espacio y el tiempo de su misma idealidad. Es interesante especular sobre las consecuencias

prácticas de la teoría de Einstein. No dudo que será creído. Un profeta que puede ofrecer signos en los cielos, siempre es creído. A nadie se le ocurrió objetar contra la teoría de Newton de que la tirantez de la gravitación sujetaba a planetas y cometas en su viaje a lo largo de órbitas prefijadas, después del retorno del cometa de Halley. Einstein ha dicho que el espacio, la materia y el tiempo son sombras de la quinta dimensión, y los cielos han declarado su gloria. Por consecuencia, el idealismo de Kant llegará a ser la hipótesis básica del físico, como lo fué el materialismo después de Newton.

No nos llamamos nosotros materialistas; pero interpretamos las actividades de la Luna, el Támesis, la *influenza* y los aeroplanos en términos de materia. El materialismo consciente o subconsciente de las últimas generaciones ha producido resultados importantes, tales como la higiene, el socialismo de Marx y el derecho del acusado a justificarse. El reino del idealismo de Kant, como hipótesis básica, primero de los físicos y después vulgar, durará varias centurias. Al cabo de este tiempo se dará un paso de avance similar. Einstein demostró que la experiencia no puede interpretarse en términos de espacio y tiempo. Esto era ya sabido; pero en tanto que el espacio y el tiempo no se conmovieran en su esfera propia, la de explicar los fenómenos de movimiento, los físicos continuaron creyendo en ellos, o, por la menos, refiriéndose a ellos para los fines de la práctica.

Vendrán unos pocos siglos en que las actividades prácticas se regirán por el idealismo kantiano. ¿Cómo afectará esto a nuestras maneras, moral y política? Francamente, no lo sé, aunque presumo que el efecto ha de ser tan grande como el de la obra de Newton, que ha creado la mayoría de las fuerzas intelectuales del siglo XVIII. Los Condorcet, Bentham y Marx del futuro serán tan despiadados críticos de los metafísicos y moralistas de su tiempo, como fueron sus predecesores; pero no estarán tan seguros de sí mismos. Les faltará esa firmeza de tacto que podemos notar en el utilitarismo y el socialismo. Reconocerán que tal vez en la ética, como en la física, hay, por decirlo así, cuatro y cinco dimensiones que se manifiestan por efectos que, como las perturbaciones de Mercurio, son difíciles de percibir en toda

una generación, pero que en el curso de las edades son tan importantes como los fenómenos de tres dimensiones.

Si la hipótesis de los *quanto* llega a adoptarse, aun serán necesarias más radicales alteraciones en nuestro pensamiento. Pero estimo prematuro insinuar su dirección. Y aunque así sea, puede afirmarse, por ejemplo, que un conocimiento más acabado de las propiedades de la radiación habrá de permitir producirla de una manera más satisfactoria que al presente. Casi todos nuestros manantiales de luz son ahora cuerpos calientes, el noventa y cinco por ciento de cuya radiación es invisible. Encender una lámpara como manantial de luz, representa un despilfarro de energía comparable al de echar abajo nuestra casa para asar un cerdo. Es bien prudente la profecía de que dentro de cincuenta años el precio de la luz será la quinta parte del actual, y no habrá más noche en las ciudades. La alternancia de día y noche es una limitación de la actividad humana, que ha de seguir la suerte de las demás ordenaciones temporal y espacial. Pensando luego, creo que todo lo que puede procurarnos la física aplicada es abolir estas limitaciones. Nos hace poseer más, viajar más, comunicar más. No intento predecir en detalle los futuros desarrollos del transporte y la comunicación. Sólo están limitados por la velocidad de la luz. Caminamos hacia un estado en que dos personas podrán hallarse completamente presentes en menos de una quincemilava parte de segundo. No alcanzaremos jamás esta extraordinaria condición; pero es el límite al que nos acercaremos definitivamente.

II

Mas un progreso de esta clase requiere continua provisión de potencia humana y mecánica. Como las industrias están cada vez más solidarizadas, y la parada de una implica la de otras muchas, el ideal de los capitanes de la industria ha de dirigirse cada vez menos al aumento indefinido de la producción entre dos huelgas, y cada vez más a su regularización, sacrificando el beneficio y el costo a la normalidad. Es posible que el propio capitalismo entregue completamente al obrero ciertas industrias claves, a fin de reducir el número de

huelgas esporádicas. Y a medida que el progreso continúe, tal vez sean claves la mayoría de las industrias. La solución puede ser enteramente distinta; bien podríamos ver un retroceso al feudalismo. Mas lo probable es que el problema se resuelva. Será optimista esta visión, pero es más presumible que la otra tesis.

Ninguna sociedad humana logrará producir una organización estable si la mayoría de la población se ocupa en otra cosa que en agricultura, trajinería, caza o pesca. Miles de años costó producir la sociedad agrícola estable, que forma la base de la vida europea, y cuya moral estamos demasiado propensos a mirar como verdad eterna. Menos tiempo requeriría desarrollar una sociedad industrial estable. El pueblo que tal haga, heredará la tierra. (En suma, creo que el progreso de la ciencia hará la injusticia industrial tan destructora de sí misma como está haciendo ahora la injusticia internacional.)

En cuanto a la provisión de fuerza mecánica, es obvio que el agotamiento de nuestro carbón y nuestro petróleo sólo es cuestión de siglos. Y como se ha dicho que este agotamiento habrá de aniquilar la civilización industrial, voy a permitirme dar algunas razones en contra.

La fuerza hidráulica no es un probable sucedáneo, por su pequeña cantidad, sus fluctuaciones y su irregular distribución. Podrá desplazarse el centro de gravedad industrial a distritos montañosos bien regados, como las faldas del Himalaya, la Colombia inglesa y Armenia; pero al cabo tendremos que recurrir a los manantiales inextinguibles de energía: el viento y la luz solar. El problema se reduce a almacenar la energía en forma conveniente, como el carbón y el petróleo. Si un molino situado en un jardín pudiera producir diariamente 50,8 kilogramos de carbón (produce de hecho su equivalente mecánico), nuestras minas de carbón se cerrarían mañana. Tal vez mañana se invente una barata, reducida y durable batería de almacenaje que transforme la energía intermitente del viento en fuerza eléctrica continua.

Pienso que a la vuelta de cuatrocientos años la cuestión de la energía se resolverá así en Inglaterra: el país estará cubierto por series de molinos metálicos, que accionarán motores

eléctricos, los cuales, a su vez, enviarán su corriente de elevado voltaje a grandes centrales eléctricas. A distancias convenientes habrá grandes estaciones de fuerza, donde en las épocas de viento, el exceso de energía se empleará en descomponer el agua en oxígeno e hidrógeno. Estos gases serán liquidados y almacenados en vastos reservorios con camisas de vacío, probablemente enterrados. En tiempo de calma, los gases se recomponen en motores de explosión, que accionan dinamos, o más probablemente, en celdas de oxidación. El hidrógeno líquido es, a pesos iguales, el más eficaz medio de almacenar energía, pues rinde por libra tres veces más calor que el petróleo. Es, por otra parte, muy ligero, y en volúmenes iguales sólo tiene la tercera parte de energía que el petróleo; mas esta última circunstancia no le excluye de la aviación, en la que importa el peso más que el volumen. Sería grande el costo inicial del sistema, pero los gastos en marcha muy inferiores a los actuales. Entre las muchas ventajas de este recurso, debe contarse la de que la energía sería igualmente barata en todos los puntos, con lo cual se descentralizaría la industria; y por último, que no se producirían humo ni cenizas.

El agotamiento de nuestras minas de carbón sería el estímulo para dar solución a este problema exclusivamente práctico. Italia tal vez pudiera ahora mismo consolidar su independencia gastando unos cuantos millones sobre esta dirección.

Por lo que hace a la termodinámica, diré, entre paréntesis, que no creo posible la radioactividad inducida.

III

He de decir algo sobre el arte y la literatura de nuestra gradual conquista del espacio y el tiempo. La culpa de la decadencia de ciertas artes, radica primordialmente en la deficiente educación de los artistas. El artista ha de entender en materia. Al presente no hay un solo poeta competente; pocos son los pintores y grabadores que salen de la escuela de Glasgow, que conozcan la vida industrial y creo que sólo existe un solo arquitecto de positiva originalidad que conozca a fondo las posibilidades del cemento armado. Desconozco su nombre; es el

que construyó en Soissons, antes de la guerra, un mercado público que tenía la dignidad y el vigor de línea de un templo egipcio antiguo. Si supiera que estaba encargado de la reconstrucción de Soissons, no lamentaría ya su destrucción.

Si queremos poetas que interpreten la ciencia física como Metin y Shelley (Shelly y Keats fueron los últimos poetas ingleses que estuvieron al tanto de la química), hemos de procurar que se instruyan en ciencia y economía. Estoy convencido de que la ciencia es mucho más enérgico estimulante de la imaginación que los clásicos; pero los productos de tal estimulación no ven la luz, por lo general, porque los hombres de ciencia están privados de toda percepción de la forma literaria. Cuando pueden expresarse, logramos un Butler, un Wells o un Norman Douglas. Hasta que los poetas vuelvan a reclutarse entre las clases educadas (educadas científicamente, digo), no podrán atraer el hombre medio mostrándole la belleza de su propia vida, como Homero y Virgilio supieron atraerse a los rapaces callejeros que escribían sus versos sobre los muros de Pompeya.

También hemos de educar en el arte al trabajo y al capital. Y creo que podemos esperararlo. La idea sobre el arte que tiene para la industria el capitalista actual limitase a pintar franjas verdes y blancas en las fachadas de sus factorías. Es esta una decoración primitiva, pero en ella está la raíz de la cuestión. Antes de poco descubrirá alguno que los frenos en una factoría aumentan en 1,03 por 100 el rendimiento medio del obrero, y el arte será un coeficiente comercial. Ahora mismo se está descubriendo que el anuncio artístico paga con frecuencia. De un modo semejante, no dudo que el trabajo llegará a comprobar que no puede vivir sólo de pan (¿diremos de pan y cerveza?); mas no podrá hacer este descubrimiento hasta tener asegurada su provisión de pan y de cerveza.

La química aplicada no ha introducido en la vida humana novedad tan importante como la máquina de vapor o el telégrafo. Ha aumentado la producción de algunas sustancias, como los metales; pero antes de que fuera ciencia la química había explosivos, tintes y drogas, y su progreso, según las líneas actuales, alterará la vida, principalmente de una manera cuantitativa.

Tal vez hoy los problemas fundamentales de

la química sean los metalúrgicos, de aprovechar los minerales bajos de hierro y la extracción del aluminio de la arcilla. Aunque esto se logre, difícilmente desalojará el aluminio al hierro y al acero, como éstos desterraron al bronce y al pedernal; pero las aleaciones del aluminio obtendrán el segundo y quizá el primer lugar como metales industriales. Hay esperanza, aunque pequeña, de que una producción del perfume en gran escala constituya la base de una reeducación de nuestro olfato rudimentario, pero las posibilidades más interesantes de la invención química corresponden a la biología por las razones siguientes:

Las sustancias que se desean son de dos clases: las que se buscan por sus propiedades físicas o químicas (el hierro, la madera, el vidrio), y aquellas que se emplean por sus propiedades fisiológicas, como los alimentos, el tabaco y las medicinas. Los colores y perfumes ocupan un lugar intermedio. El valor de las segundas se debe a la relación que guardan con el organismo humano, que depende de la constitución de éste, y que no se ha podido analizar física o químicamente.

Sólo dos sustancias de la segunda clase se han usado universalmente en Europa: la cafeína y la nicotina. Otras muy importantes, como el cloroformo y la química, no se han universalizado tanto. Pero el café, el tabaco y el alcohol, significan en nuestra vida normal lo mismo que el agua y el alimento. No hay razón para suponer que se agote la última. Durante la guerra, el profesor alemán Embden descubrió que una dosis de siete gramos de fosfato ácido de sodio aumenta la capacidad del hombre para un prolongado trabajo muscular en un 20 por 100, y probablemente ayuda en el trabajo mental prolongado. Puede ser tomado durante largos períodos. No ocasiona trastornos ulteriores como el alcohol, ni puede llegarse en el exceso, porque actúa como purgante cuando la dosis se exagera. Es posible que se generalice tanto como el café o la cerveza.

Las sustancias susceptibles de consumo diario tienen la mayor importancia social. El tabaco produce ligeros pero definidos efectos sobre el carácter. Los cafés, durante los siglos XVII y XVIII, constituyeron influencias civilizadoras de incalculable valor. Pero ambas sustancias son nocivas para cierto tipo mental. Si se genera-

liza la convicción de que la templanza es un término prudente, la humanidad tendría una provisión de sustancias como el vino, el café y el tabaco que, usadas de modo inteligente, podrían contribuir a la amenidad de la vida y promover la manifestación de las más altas facultades del hombre. Pero antes de todo esto, ha de aplicarse la química a la producción de un grupo más importante de sustancias activas fisiológicas: los alimentos. Con los alimentos ocurren fenómenos curiosos. Directa o indirectamente, nos alimentamos de vegetales. Pero la planta transforma casi todo su azúcar, no en almidón, que es digestible, sino en celulosa, que no lo es, pero que forma su esqueleto leñoso. Los rumiantes han resuelto este problema convirtiendo sus panzas en vastas colmenas de bacterias que atacan a la celulosa, de cuyos productos secundarios se nutren. Nosotros hemos llegado a lo mismo, pero fuera de nuestros cuerpos. Puede hacerse por medios químicos o podemos usar microorganismos. Irvine ha obtenido de la celulosa un 95 por 100 de azúcar, pero a un precio prohibitivo. De todos modos, dentro de un siglo, el azúcar y el almidón estarán tan baratos como el serrín. Muchas de nuestras sustancias alimenticias, incluso las proteínas, se obtendrán de orígenes más simples, tales como el carbón y el nitrógeno atmosférico. Por este camino me parece que antes de ciento veinte años se habrá obtenido una dieta satisfactoria a precio comercial. Esto significa que la agricultura se convertirá en un lujo y que la humanidad llegará a urbanizarse por completo. Por lo que a mí se refiere, no lamento la probable desaparición del trabajador agrícola, cediendo el puesto al industrial, que me parece un tipo de persona más elevado. La historia del progreso humano ha sido el progreso de las ciudades arrastrando una campaña contumaz en su atraso.

"¡Oh, muchos buenos labradores, llorarían de amargura si vieran la ciudad-campo hacia la cual caminamos!

Las ramas tienen frutos y yemas; en todas las épocas del año corren los ríos de cerveza negra y dorada; un viejo tañe la flauta en un bosque de oro y plata; las reinas de ojos azules como el hielo, danzan en la multitud."

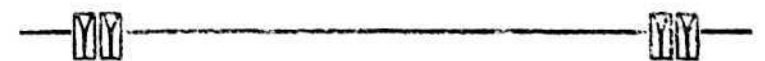
(Continuará.)

Pro "ESTUDIOS"

Para ayudar al sostenimiento de esta Revista, hemos recibido las siguientes cantidades, recaudadas espontáneamente por los interesados. De Tarrasa: M. Más, 1'10; F. Catasús, 1; P. Rodríguez, 1; V. Solá, 1; A. Mendiz, 1; N. Solá, 1; N. Badía, 1; Un amante de la Cultura, 1'60; Sebastián Cullá, 1; M. Doménech, 1'50; D. Batista, 1; H. Vurbiel, 1; M. C., 1; N. Valls, 1; N. Balil, 1; L. Tapiolas, 1; S. Sitjes, 1; G. Miralles, 2; José Carbonell, 0'50; P. Prat, 1; P. Tiana, 2; J. Corderas, 1; Gil, 0'30; M. Bes, 1'50; P. Miralta, 1; J. Aregay, 1; F. Ll., 1'50. Total, 30 pesetas.

Asimismo hemos recibido, destinadas a disminuir el déficit que arrastra esta Revista, 35 pesetas remitidas por A. Guede, de Scranton, Pa. (U. S. A.), recolectadas por seis simpatizantes residentes en dicha población.

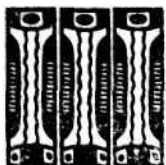
Agradecemos sinceramente a todos los donantes el favor que supone y la buena voluntad que les impulsa a ofrecernos estos donativos. Sin embargo, creemos, sin que ello mengüe el agradecimiento que sentimos por los que nos han ayudado con sus donativos, que la mejor forma de matar el déficit (que a estas horas alcanza ya más de 2.000 pesetas), sin gravamen para nadie, es que los lectores y cuantos simpatizen con la labor educativa de estas páginas nos hagan pedidos de libros, con lo cual se consigue el doble objeto de disminuir el déficit y extender la obra cultural en que estamos empeñados. Con la ayuda de los pedidos de libros que se nos hagan, y con que los corresponsales y suscriptores hagan un esfuerzo para ponerse al corriente en sus pagos, no hay duda de que conseguiríamos salir de esta situación angustiosa y dar a nuestra labor el vigor y la extensión necesaria.



Toda la correspondencia, giros, certificados, valores, etc., diríjase de la siguiente forma:

Sr. D. J. Juan Pastor

Apartado 158.—VALENCIA



En todas las escuelas, en todos los países y en todos los tiempos, el buen trabajo sano dependerá de la exclusión absoluta de todo estimulante competido, cualquiera que sea su forma.

Cada niño debe ser juzgado según su propio tipo, educado para su propio deber, recompensado por su justa alabanza. El *esfuerzo* es el único que merece elogios, no el resultado. Es una cuestión que no depende del estudiante si su habilidad es mayor o menor a la de otro individuo; se trata de saber si hace todo lo que puede con sus aptitudes naturales. Cada niño nace con una capacidad mental determinada y absolutamente limitada; por su naturaleza es apto para unas cosas e inepto para otras. Toda la belleza, felicidad y poder de su vida dependerán de su contento haciendo debidamente *lo que puede*, desempeñando tranquilamente *su* papel. Si ha de ser comparado con la mayor o menor capacidad de los demás, que lo sea para emplear sus poderes superiores *en ayuda* de los otros y no para predominar sobre ellos, y que no se le mortifique si les es inferior, que así encontrará un noble placer en admirar otras facultades más bellas que las suyas.

Es imposible imaginarse el placer que yo hallaba en la superioridad de Turner y del Tintoretto cuando mi habilidad era solamente algo que comenzaba a nacer.

Quisiera ver grabada en la puerta de cada escuela esta frase: *No hacer nada por rivalidad o por vanagloria*. Al contrario, la natural indolencia de una lentitud sana, no debe ser turbada con provocaciones o torturada con castigos.

Que el maestro de escuela se acuerde de este sabio proverbio: *No se puede fabricar una bolsa de seda con la oreja de un cerdo*.

Si la belleza de una mujer sin discreción se parece a una joya de oro en el morro de un puerco, algo semejante parecerán los conocimientos incomprendidos en el hombre y en la mujer.

He afirmado continuamente que las gentes instruídas deben compartir su pensamiento con las que no son instruídas y tomar parte en sus trabajos; pero ni una sola línea he escrito en ninguna parte que insinúe deba ser semejante

la educación de todos. La educación debe ser libre y accesible a todos, como el cielo, pero jamás ha de ser impuesta. Conducid al hombre y al caballo al río para que beban, si quieren, y cuando quieran. El niño que desee la instrucción se aprovechará de ella; el que no la desee, será desgraciado.

* *

Recientemente recibí extensa carta de una madre que tiene sobrado derecho para poder hablar en materia de educación. "Si algunas facultades tengo en este mundo—escribe—, es para enseñar a los niños y hacer que sean buenos y *perfectamente felices* a un mismo tiempo. He aquí mi principio: Ninguna coacción extraña sirve para nada. Lo único valioso es el gobierno de sí mismo — *self-government*—, y los niños más malvados se convierten en buenos cuando se les enseña lo que es bueno y lo que es malo y se les deja en libertad de obrar por sí mismos. Poseo una regla que me comunicó un amigo cuando mi hija era aún un bebé: *no ver el mal, pero alabar el bien*. Por ejemplo: si un niño es sucio, no reprochárselo ni dejarle vislumbrar siquiera que se le ha visto, pero, en la primera ocasión que se presente limpio, curioso, aseado, alabarle. Inmediatamente se irá modificando en este sentido. Yo no sé explicarme esto, pero tantas veces como lo he ensayado me ha dado buenos resultados.

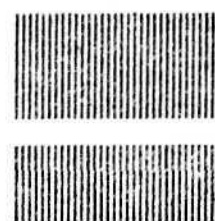
La instrucción moral de mis pequeños amigos la limito a hacerles aprender de memoria el bello poema *Aunque no soy más que un niño*, del doctor Watts, sin duda fuera de moda, como todo mi sistema. Pero los pequeñuelos, además de aprenderlo sin esfuerzo, pueden comprender muy bien estos versos:

No ofenderé a nadie voluntariamente
ni seré fácilmente ofendido;
procuraré mejorar lo que sea malo
y soportaré lo que no pueda mejorar.

He conocido a un viejo capitán americano, el cual me refirió varias veces que con la ayuda de estos versos había navegado por todo el mundo muy felizmente."

JOHN RUSKIN

VOCES INTERIORES



VOZ DE LA HUMILDAD

Cree, amigo, en lo simple de tu personalidad y trata de que la verdadera superioridad de tu ego no se escude en la vanidad ni en la ficción.

Envanecerse es un mal. Creerse superior a otro, mejor que nadie, más alto en inteligencia y bondad que todos los seres, es un defecto vergonzoso. Nada existe que sea mejor ni más elevado, nada más apreciable ni más despreciable. Todo es como es necesario que sea bajo el imperio dinámico de la evolución total. En los avatares del espíritu no existen sellos que garanticen las mejores cualidades del individuo, ni nada que haga un apartijo con las excelencias de unos y de otros. Al contrario, el Yo superior quiere reducir en el hombre todo lo demasiado material. Por eso no se deben elogiar en el humano los méritos superficiales adquiridos por medios dudosos; ni se debe loar como mayor virtud la bondad física. Las grandezas materiales como la belleza del cuerpo son relativas. Toda forma es finita. Cuanto es visible y tangible es perecedero. Quien no siente otra influencia que la de las pasiones vergonzantes y a ellas se entrega sin conciencia, tiene, indefectiblemente, que desaparecer como entidad espiritual para convertirse en pobre viviente. Para tener la evidencia de que somos, de que existimos como individualidad subjetiva, como espíritu integérrimo que actúa en el más sutil y maravilloso de los planos, tenemos que liberarnos de la creencia en la superioridad personal y de las poderosas sugerencias del absurdo privilegio material.

Para ser, no hace falta subir a gran altura. No somos grandes, ni vivimos en la verdadera altura porque nos elevemos en imponentes aviones, pues más alto llegan los imperceptibles átomos.

El establecimiento de las jerarquías ha sido el gran trastorno de la humanidad, y el poder despótico de los hombres que se creyeron superiores fué la causa de los constantes desastres de los pueblos. Para ser superior, para saber que se es hombre totalmente, hace falta desligarse de los infinitos convencionalismos que nos encadenan; sentirse arrullado tiernamente por sentimientos superiores; creer, tener la profunda convicción de que todo es igual en esencia, aunque todo sea multiforme; saber que todo es el complemento de todo existir. Desde la bestia feroz que pasea majestuosamente su soberanía instintiva entre las espesas selvas orientales, hasta el más pequeño gusano oculto en agua pantanosa, tienen idéntico valor.

La superioridad no la da los vistosos y fastuosos vestidos ni la posición social privilegiada. La da la humildad y la sencillez, la acción justa, la satisfacción del deber cumplido. El hombre fatuo, el individuo blasonado de pies a cabeza, subido en la cumbre adversa de su vanidad, es el más inferior. Sólo la humildad consciente puede dar grandeza. Cuando más humildes seamos, más cerca nos hallamos de la felicidad.

Las castas y los privilegios están llamados a desaparecer. El anhelo de fraternidad irá destruyendo esas horribles plagas, producto de muchos siglos de egoísmo y negligencia espiritual. El afán de relacionarnos, de enlazar nuestra propia alma en eterna alianza ideal irá salvando esos obstáculos.

Todos somos de la misma arcilla, indudablemente. La energía superior que anima a esa arcilla se alimenta de la humildad, vibra, se extremece por la humildad. Siendo humilde, se tiene el conocimiento de que en la sencillez está la verdadera sabiduría, el verdadero camino y el freno para la triste exaltación de la bestia que todos llevamos.

VOZ DE LA PIEDAD

No existirá ventura alguna mientras en la humanidad no cese el último sollozo. Y eres tú, ¡oh, hombre! quien debe secar para siempre la fuente de todo dolor.

El sentimiento natural es ilimitado y brota del corazón espontáneamente. Por el sentimiento natural, puro; por el dulce sentimiento que no ha podido ser contaminado ni extinguido por el materialismo histórico, por la inducción positivista de occidente; por ese sentimiento delicioso y al mismo tiempo cálido que es la gloriosa sublimación del ser, la vida es como una madre cariñosa que nos protege de nuestras propias asechanzas. Sentir y conocer el sentimiento; sufrir, padecer, reír de ventura... He ahí las más puras manifestaciones del sentimiento. Esa constante inquietud espiritual por todo cuanto vive en torno nuestro; ese afán de perfección, de regeneración moral y física; ese incesante auxilio prestado desinteresadamente al prójimo, no es otra cosa que la más tierna manifestación del sentimiento de piedad hacia nosotros mismos.

El hombre necesita de la piedad como del aire. Necesita de la piedad, porque mientras la Naturaleza lleve su soplo vital a todas las arterias del cuerpo humano, tiene éste que sentir la sutil animación del espíritu. Si en el fondo del corazón no existieran partículas generadoras de ese sentimiento tan íntimo, el hombre no sería más que una bestia. Sin ese sentimiento benéfico, sin esa influencia del Ego enaltecido, la existencia humana sería un espantoso vértice de pasiones degradantes, desenfreno de los más bajos y tristes egoísmos.

La piedad eleva al alma, señala nuevos horizontes de amor, traza desconocidos y bellos panoramas sentimentales. Es la rosa blanca—superba en su humildad—que se va abriendo con los besos fraternales de la humanidad y que brinda su insigne fragancia a los que tratan de conocer el sendero de la Gnosis. Debemos cultivar sin tregua el huerto de la piedad, hasta que llegue a dar sus mejores frutos. ¡Vivir en la piedad, sentirse fundidos en la piedad! ¡Oh sublime misterio de la gran verdad secreta! El alma que mira con ojos penetrantes los soles de las ocultas bellezas del corazón, tiene que sentirse impulsada levemente por la piedad

hacia las lamentables comarcas desoladas por las limitaciones terrenas. Tiene que ser bálsamo bienhechor en la tragedia del hombre, pañuelo para secar sus lágrimas, voz inefable y armoniosa que duerma o aplaque las monstruosas torturas de la carne insaciable.

Nuestro empeño es obra de la piedad infinita. Aspirar ardientemente a la redención del hombre, sin temor al sacrificio, sin temor al escarnio brutal del mundo, es obra de la intensa piedad que sentimos por todo. Nuestra vida se ha forjado en el yunque de la Piedad, con los martillazos de la Verdad piadosa, con el fuego animador del Intelecto y con el fresco rocío de la Humildad.

La eterna lucha de los ideales es lucha de piedad. *Amaos los unos a los otros*, claman todas las religiones y sectas filosóficas, impulsadas briosamente por el soplo de la ingente Piedad. *Amaos los unos a los otros*, habla la voz de la Piedad; y esa voz sonora, que es también voz de la Verdad y voz de la Humildad, va repercutiendo por los ámbitos del corazón humano como egregio apoteosis de fraternidad: *Amaos los unos a los otros*.

Envío: Camaradas, amigos: Sed humildes y piadosos; pero con humildad y piedad sin artificios ni convencionalismos. Sed piadosos y humildes sincera y conscientemente.

M. MEDINA GONZÁLEZ



Aviso importante

Nuestro pasado número-almanaque, que como digno tributo a su valor literario y científico ha merecido una aceptación entusiasta, se está agotando, y no quisiéramos que ninguna persona amante de las buenas lecturas se quedara sin él, pues es un volumen magnífico y de gran utilidad en toda biblioteca; por tanto, recomendamos a cuantos deseen adquirirlo nos hagan los pedidos a la mayor brevedad, pues tenemos varias demandas destinadas a la venta en kioscos y librerías de Sud-América, que no hemos servido por reservar algunos ejemplares.

Advertimos a los colaboradores espontáneos, que no se devuelven los originales, publíquense o no, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

La tertulia de un hombre libre

XVIII — Leyes

Unos cuantos tratadistas de derecho, y otros tantos políticos y técnicos de gobierno, estaban enzarzados, desde las columnas de los periódicos, en una polémica acerca de cuál clase de Constitución podría ser más conveniente para los españoles. La polémica era divertida, pintoresca. Como en toda discusión humana, y más en ésta, dada la naturaleza del tema, para encontrar una frase con sentido, entre tanta prosa mazorral, era preciso leer excesivo número de palabras vacías, huecas, hinchadas.

Varias noches se había comentado ya, en la tertulia, aquella polémica, señaladamente cuando entre los que en ella intervenían se había dicho algo muy absurdo, o al contrario, en cierto modo certero. Pero siempre, hasta entonces, el comentario fué breve. Aquella noche, como algún contertulio insistiera, más de lo acostumbrado, en sus apostillas a un artículo de uno de los polemizadores, todos llegamos a decir algunas palabras sobre el tema, concretando cada cual su juicio.

El animador, luego que todos hubimos hablado, dijo:

—Alguno de los tratadistas de derecho que intervienen en esa polémica, ha dicho cosas sensatas. No obstante la sensatez y la ponderación de lo que ha dicho, ello merece, por entero, mi disconformidad. El punto de vista mío sobre ese particular, es muy distinto. Esto no me impide la comprensión de sus palabras, en las que hay un buen deseo, un anhelo de justicia y un sentimiento de humanidad innegables. Que juzgue yo equivocados los medios que para conseguir estos propósitos propone, no es obstáculo para reconocer que los propósitos, en sí, son buenos. A lo mejor encontramos en la vida un hombre que marcha por los caminos menos propicios hacia un fin grandioso. No llegará nunca, porque ha equivocado el camino. Pero va.

Guardó silencio un instante, y en seguida agregó:

—Sí con el que ha dicho cosas sensatas y ponderadas estoy en desacuerdo, no creo necesario decir cuán lejos me hallo de los demás. Juzgo esa polémica completamente inútil. Sin embargo, la sigo con interés. Por reacción, enseña algunas cosas valiosas. Estar atento para reconocer el matiz diverso de esa contradicción que he señalado, del hombre que va hacia un fin al que no llegará, por haber equivocado el camino, nos acerca a los hombres y a la comprensión de sus actos. No se debe cerrar la puerta al juicio sereno y mesurado. La intolerancia para el matiz amplio, ganados por el deseo de combatir el otro matiz que juzguemos erróneo, es señal de limitación. Se puede y se debe censurar con pasión el error, o lo que reputemos tal, pero a cambio de poner la misma pasión en el elogio del buen fin perseguido por el que camina equivocadamente.

Luego de una breve pausa, que no fué interrumpida, continuó:

—En Inglaterra, se publica cada año un voluminoso libro con los pros y los contras de todas las cuestiones vitales que se han planteado y discutido durante los doce meses. No hay ni una sola cuestión que no tenga un pro defendible y un contra igualmente digno de defensa. Lección admirable de medida para el juicio. Ser imparcial es una cosa fría. La parcialidad es dinamismo y pasión. Casi en ningún problema vivo se puede ser imparcial. El temperamento impulsa a tomar partido en cualquier sentido. Pero quidemos de reconocer la grandeza de la pasión que ponga el adversario en su parcialidad frente a la nuestra. Defendamos con fanatismo, si para ello somos propicios, nuestro punto de vista. Mas sepamos ver la importancia del otro fanatismo contrario. Seamos también fanáticamente tolerantes con las otras opinio-

nes. Todo ello puede ir aunado: la tolerancia, la parcialidad, el fanatismo. Se es hombre entero aunando esas cosas contrarias. Lo que no tiene carta de naturaleza en estos terrenos es la frialdad, la mezquindad, la sequedad mental. Esto pone un límite infranqueable a la razón, que no puede elevarse entonces a la comprensión plena de ningún problema.

Deseosos de que el animador continuara desarrollando estas apreciaciones, tan densas de sentido, le opusimos algunos reparos. El advirtió cuál era nuestra intención, e impaciente por dilucidar el tema de la charla, a lo que tendían todas sus palabras por caminos insospechados, sonrió a nuestra simulada disconformidad y añadió, refiriéndose ya directamente a la polémica:

—En la polémica que ha dado lugar a esta charla, los técnicos de gobierno han dicho cosas lamentablemente vacías. Lo cómico de sus juicios alcanza alturas eminentes. Frente a esa superficialidad, ha habido tratadista de derecho, como ya he dicho, que ha escrito cosas meditadas, henchidas de buenos deseos. Reconozcamos su equivocación, pero también su anhelo de una vida más plena para todos los hombres, en la medida que esto sea posible. Se equivoca al suponer que por virtudes de una Constitución se pueda llegar a esa vida más plena, mas no podemos negar que desea que esa vida sea una realidad. Nuestra parcialidad, en este tema, se coloca frente a los juicios sobre los medios propuestos. Pero también nos impele a confirmar que el propósito perseguido es loable.

Asentimos todos, con breves palabras, sobre este particular. El animador, luego de escucharnos atentamente, prosiguió:

—Las leyes no pueden proporcionar a los hombres ninguna ayuda para su desenvolvimiento. Todas son malas para este fin. Las peores, por su tiranía; las supuestas mejores, por su absurdidad. Pero esta distinción entre peores y mejores no es lógica. No hay aquí peor ni mejor. Todas las leyes son igualmente malas y nulas. Alguien podría creer, por ejemplo, que las leyes de la Constitución española son más malas que las de otro país cualquiera. Habría, pues, mejor y peor. Esa comparación sería superficial. Para la ayuda del desenvolvimiento de los hombres, aquéllas y éstas no son

nada más que un obstáculo, cuando no algo peor. Es decir, si pasivas, obstáculo; si activas, ¿quién se imagina todo el mal de una ley activa?

Había algunos contertulios que no podían estar conformes con estos juicios del animador. Dieron prueba de su disconformidad con frases atropelladas y concretas, y discutieron con él breves momentos, con apasionada cordialidad. Después, siguiendo el hilo de sus reflexiones, el animador agregó:

—Los buenos deseos de los tratadistas de derecho, cuando estos deseos existen, se dirigen por un camino falso. No llegarán nunca al propósito que persiguen. La ley no es un instrumento servible para estos menesteres. La esencia de las leyes es puramente del ayer, nunca del mañana. Ir hacia el mañana con ese impedimento, por mucho que se le aligere durante la marcha, reformándolo, adaptándolo a las necesidades del momento, abandonando parte de él para ir más deprisa, supone siempre un obstáculo. Las sociedades más perfectas que ha habido en el mundo han sido las que tuvieron menos leyes, siendo sustituidas éstas por convenios mutuos entre los hombres. Habrían sido más perfectas aún si no hubiesen tenido ninguna, si todo hubieran sido convenios. La ley es una cosa exterior. El convenio una cosa íntima. La ley es coacción de fuera. El convenio impulso espontáneo. No es posible dudar cuando se tiene la facultad de inclinarse a una u otra cosa.

Nuevos reparos de algunos contertulios, asentados en convicciones arraigadas, dieron lugar a otra breve discusión serena y apasionada. Luego, el animador continuó:

—Si los pueblos, cuando han tratado de dar nuevo rumbo a su desenvolvimiento, no se hubiesen apresado en seguida en nuevas Constituciones, fabricadas con retazos de teorías de aquí y de allá, que en la mayor parte de los casos no tenían ninguna relación con sus características temperamentales, con sus costumbres, con su psicología, habrían, acaso, realizado verdaderas transformaciones, llegando a convenios que hubieran estado de acuerdo con aquellas cualidades que les fueran peculiares. Presos en nuevas Constituciones, siguieron viviendo tan pésimamente como antes, presos en otras Constituciones.

La ley—prosiguió el animador después de una larga pausa meditativa—es un instrumento inadecuado para fines de libertad. Sea buena o mala, admitiendo aquella división en mejor y peor. Se supone que son leyes buenas aquellas que prohíben, por ejemplo, usar ciertos medios destructivos en tiempo de guerra. Sin embargo, cuando la guerra estalla, no sólo se usan aquellos medios, sino que se inventan otros más terribles. Se trata, sencillamente, de una ley pasiva, porque no es necesaria en el momento que se adopta. Llegada una hora de peligro, no solamente se olvida, sino que la sustituye una realidad activísima y espantosa. También se supone que son leyes buenas muchas que tienen relación con los problemas del trabajo. No se tiene en cuenta que estas leyes han sido dictadas por el deseo de que continúe el estado de cosas en el cual se dictan, y que, por lo tanto, tienden a eternizar, reformado, el ayer.

—¡Pero los hombres de nuestro tiempo no acertarían a vivir sin leyes!—observó uno de los contertulios que habían discutido con el animador.

Este repuso:

—¿Que los hombres de nuestro tiempo no sabrían vivir sin esa coacción exterior? Pues ahí está el problema, amigo mío. En vez de trabajar por que ese supuesto, de ser cierto, siga prevaleciendo, se debe, como quiera que sea y por los medios que sean, emprender la tarea de acabar con él. La tarea preñada de significación, de cordialidad, de calor humano, encaminada a que acabe el imperio de lo externo, la ley, para que obre en su lugar lo íntimo y entrañable, de valor más categórico: el convenio espontáneo.

Como no obtuviera respuesta a estas palabras, concluyó:

—La polémica de tratadistas de derecho y de técnicos de gobierno carece de importancia. Los últimos no dicen nada valedero. Los primeros quieren ir hacia un fin noble por caminos que no conducen a él. Sin embargo, por reacción ante ella, hemos visto más claramente algo que ya sabíamos: que las leyes, sean de este o del otro modo, no son un instrumento de libertad.

DIONYSIOS

Se ha puesto a la venta

Camino de Perfección

Por **CARLOS BRANDT**

Se trata de un valioso libro, el último escrito por este prestigioso autor, a quien tantas y tan bellas páginas debe el Naturismo, de gran alcance ideológico y de honda penetración filosófica. Un libro que apreciarán en mucho todos los amantes del estudio y del naturismo integral. La parte moral del ideal naturista, la ética individual del hombre, libre de prejuicios sectarios, se estudia y se expone con la fina y singular percepción que caracteriza el estilo de este autor.—Precio, 2 pesetas.—Pedidos a esta Administración.

Información desde París

Importante debate sobre eugenismo y esterilización

Una de las más serias y eficientes actividades que fomenta el infatigable y juicioso propagandista E. Armand es la organización de una serie de debates públicos acerca de los asuntos más sustanciales que pueden interesar a los hombres de buena voluntad, que pugnan por el advenimiento de una vida consciente y la rehabilitación de todas sus libertades a los seres humanos, para que el disfrute de la existencia pueda ser acrecentado y dignificado en los más altos grados posibles.

El solo anuncio de este tema trascendental había despertado un singular interés entre los medios de vanguardia, que por su sensatez y su continua lucha en pro de nuevas concreciones éticas se distiguen de la inmensa aglomeración cosmopolita que se agita en esta famosa capital, y todas las esperanzas de éxito de la *élite* que florece en el campo de las ideas, quedaron bien colmadas ante la numerosa concurrencia lograda y la nota de brillantez dada por el ejemplar respeto que se demostró en el desarrollo de tan significativa polémica.

Aunque un tanto abreviada, ofrecemos a los lectores de esta Revista la reseña de tal acto, para que además de servir de contacto con los hombres de lucha no dominados por las fragancias del París bullicioso, venerado por todo el mundo carnavalesco, pueda también suscitar el estudio y la acción alrededor de los más dignos problemas planteados a la vida humana.

La sesión es abierta por el culto conferenciante A. Soubervielle, quien tras de poner de manifiesto la suma importancia de la cuestión que va a debatirse, interesa a todos por que se empiece por sí mismo a ser consecuente con las ideas, siendo que por medio de la ejemplaridad es como cada uno, sea cual fuere el género de sus ideales, podrá conseguir los

mejores efectos en que pueda confiar. Una prueba de respeto y de atención por parte de todos y de cada uno, concluye así este preámbulo, concediendo el turno al experimentado doctor Legrain.

Suficiente conocido por el público parisién, este ameno orador esboza con simplicidad, inteligibles para todos, las definiciones diferentes de Eugenismo y de Esterilización, y, haciendo recurso a las enseñanzas de su larga práctica medical cerca de sujetos de todas las castas en que la sociedad se divide, expresa la apología y la grandeza del Eugenismo, que consiste en un ideal de dignidad y de ciencia destinado a favorecer la salud y el perfeccionamiento general de la raza y a evitar la reproducción de seres enfermos e inútiles.

Hace mención de los efectos degeneradores de ciertas herencias mórbidas, de enfermedades como la sífilis y otras que son verdaderas plagas que diezman a la humanidad, y detallando numerosas consecuencias dolorosas y tristes que en el mundo social se reproducen como una condenación flageiante que quita belleza a la existencia y aminora la alegría de vivir. Ante una emoción general afirma que se está en una pendiente de decadencias lamentables, individual como social, artística, sentimental, salud, etcétera.

La inconsciencia general con que se engendra—sigue diciendo—da por resultado el que haya una población excesiva en todos los países y que en medio de los centros de actividad productora y de cultivo de las ciencias medren infinidad de parásitos que en virtud a unos u otros motivos no sirven mas que para carga de los más útiles, que vienen obligados a sustentarlos y acondicionarlos aparejadamente a sí mismos.

Sólo en cárceles y hospitales se enumeran

por millares los seres a cargo de la humanidad útil, que adicionados a los reclusos en los asilos de alienados por causa de *enajenación mental* y a los innumerables locos que libres y sin sanción andan expoliando de mil formas legales o no al pueblo dentro del cual pululan, se elevan ya a millones; sí, millones de parásitos sociales de una u otra calidad, que además de su inutilidad serán los que fomentarán los horrores de una guerra tan catastrófica como no ha mucho hubimos de sufrir y de la que nadie ha beneficiado.

El Eugenismo—continúa el doctor Legrain—es, pues, una idea de superación humana, ideal de ciencia y de conciencia que abarca una infinidad de asuntos; su base es la estética de nuestra vida en todos sus aspectos, empezando por la del amor, cuya base no es otra que la belleza; lo fundamental para el Eugenismo consiste en saber hacer los hijos, lo que requiere por parte de los generadores una gran consciencia de sus actos por sus resultados, y el cuidado de acondicionarse lo mejor posible para influenciar debidamente sobre la calidad de su progenie.

Tanto el cuidado de procurar una buena salud como buenas disposiciones de vida, son las atenciones que personalmente cada eugenista debemos observar.

Y en cuanto a la Esterilización, obra que consiste en hacer inútiles para la procreación a todos aquellos que la ciencia confirme como inconvenientes para ejercer su reproducción, si bien parece que sea una medida inherente a las ideas eugenistas, permítaseme declarar que personalmente yo no comparto la opinión de que deba de aplicarse.

Antes que considerar las cosas bajo la forma colectiva, debido a lo abstracto y relativo que toda colectividad es en sí, yo aprecio que la forma individual puede ser la sola efectividad en que los hechos pueden ser adjudicados, y entiendo por lo tanto que la esterilización de los individuos *estimados* normales o anormales será un atentado a la libertad individual siempre que se pretenda imponerla por un medio coercitivo cualquiera.

Yo sí que admito la esterilización voluntaria, o sea que los individuos, por convencimiento propio, desistan de reproducir en bien de todo y de todos, pero me parece que es

muy distinto el que una colectividad en nombre de principios determinados haga por un procedimiento u otro de privar el disfrute de ciertas manifestaciones de la vida, dado que dichos sujetos han sido traídos a la vida sin noción alguna de las cosas y sin posibilidades para haber sido como por conciencia hoy querrían serlo.

Es necesario pensar hondamente sobre la Esterilización para llegar a comprender los efectos que realmente pudiera provocar.

En primer lugar, su aplicación no podría efectuarse sino a condición de legalizarla, y hecha ley ya sabemos que, como siempre, ocurriría la indignación de los descontentos con todas sus consecuencias; luego también hay que tener en cuenta si la sensibilidad de los médicos—que tampoco son todos ejemplares ideales—podría permitir esta clase de trabajo que a modo de verdugos, quienes matan en nombre de una ley, habrían también de mutilar la vida de los acusados como anormales, que a veces serían hombres eminentísimos.

En algunos Estados de la América del Norte pseudo-demócrata se sabe que se han dictado ya leyes en el sentido de la esterilización, y yo estoy convencidísimo de la ineficacia a que dan lugar, porque si allí pueden evitar que los enfermos mentales (!?), los alcohólicos, tabacómanos, etcétera, puedan engendrar en una cierta medida, ¿caso todos los normales (?) está previsto que han de engendrar regular y convenientemente?

Yo os digo que frente a lo absoluto de las leyes, la vida ofrece siempre ciertos contrastes que es forzoso reconocer, y que antes de abrazarnos a un dogma debemos ser razonables y persuasivos.

Si verdaderamente convendría que ciertas encarnaduras y defectos no se reprodujeran, no es en virtud de los fenómenos de la herencia, que puede establecerse una ley tan importante como la de la esterilización obligatoria, porque después de todo la herencia no es una concusa fatalidad, y bien podéis observar que de unos mismos padres pueden nacer hijos de cualidades muy distintas; luego, ¿por qué ser dogmáticos?

Para terminar—concluye el doctor Legrain—, yo declaro mi convicción de que la selección de los más aptos para perpetuar la

especie y de los menos para desaparecer, se opera en virtud de las propias leyes naturales, como lo prueba el hecho de que las familias que entran en un cierto orden de degeneración su decadencia progresiva es manifiesta, así como la de todo individuo defectuoso, que está destinado por la misma ley natural al abandono, la impotencia o la muerte.

Ahora bien, es necesario que en razón de nuestro bienestar general y mayor progreso, cada individuo consciente se haga eugenista ante sí mismo, evitando por convencimiento personal una descendencia lamentable; por lo demás, deber de todos es el reformar las causas de la decadencia multiforme y hacer por que el respeto mutuo se generalice ilimitadamente a la par que nuestra más grande comprensión de las cosas que nos afectan para llegar a determinar una gran armonía en nuestras relaciones todas.

Doctora Pelletier

Esta selecta mujer, que a su ya avanzada edad no cesa de insistir en sus disquisiciones, figuraba también entre el número de los contrincantes, y con su fácil palabra nos expuso la siguiente opinión:

Siempre amante de la más grande libertad de los seres, porque entiendo que fuera del estado de libertad no se pueden atribuir responsabilidades a nadie, yo entiendo que el Eugenismo y la Esterilización son asuntos de mera conciencia y determinismo personal.

Se podrán invocar tantos principios como se tenga por conveniente en el seno de las colectividades al objeto de justificar y sostener una legislación, pero se debe tener en cuenta que el absolutismo que en sí encierran las leyes, siempre y mientras dichas leyes no sean ya ley en la voluntad de cada individuo, serán burladas, serán violadas y serán no lo que el código deje escrito, sino lo que los encargados de cumplirla y respetarla quieran que sea, pues de otra forma no puede ser.

Imaginaos, pues, qué es lo que representaría una ley sobre el Eugenismo y la Esterilización que os obligara a todos a tener hijos robustos, equilibrados, ecuanímenes, o que en virtud de un certificado medical, que acaso no estuviera científicamente acertado, que se os impusiera

la operación de la basectomía, o sea la esterilidad de vuestros órganos sexuales. ¿No creéis que acaso el 99 por ciento de las poblaciones tendría que evitarse el que procreara y que el número de los reclusos en las cárceles por desacato a las leyes aumentaría considerablemente con los individuos que no permitirían que se les castrara, como así ha ocurrido con los llamados detenidos políticos, que se hallan encarcelados porque protestan contra un estado de condiciones de vida con el que no están conformes?

Además, ¿qué razones son las que existen para que leyes como la Esterilización obligatoria se establezcan?

Si es por el hecho de la degeneración fisiológica del individuo a quien se pretende esterilizar, resulta un error porque la degeneración de los individuos es provocada por la humanidad misma, por una suerte de determinismo de la voluntad de ciertos de sus constituyentes que la ley no puede prever; la degeneración social, es cierto, se produce por causa de las degeneraciones individuales, y éstas más que nada son del dominio de la voluntad de cada persona; hay seres que no entran en vía de degeneración hasta determinada edad, y otras, por el contrario, lo son desde el despunte de sus primeras pasiones: lo que yo veo aquí es más una cuestión de educación que de basectomía.

Si es a causa de la herencia, error también, porque ¿quién puede afirmar que hay una trasmisión correspondiente en lo físico y en lo intelectual? ¿Acaso no se han visto nacer hijos enclenques de padres considerados sanos y viceversa, seres inteligentes de quienes no han manifestado más que ignorancia y estupidez?

Y si es por la llamada criminalidad, ¿qué podemos decir ante el hecho de una sociedad constituida en forma tal que no sólo olvida de dar una educación conveniente y disposiciones de vida a los seres que nacen, sino que también, en virtud de iniquidades políticas, económicas y morales, despierta el descontento, fomenta la hipocresía y mantiene privilegios exorbitantes?

Yo entiendo, pues, que la cuestión del Eugenismo y de la Esterilización consecuente no puede ser precedente a la cuestión de las

reformas sociales. Como ya he dicho, mientras los individuos no dispongan dentro de la sociedad en que viven de medios suficientes para existir, y mientras no se les conceda las debidas libertades, no puede hablarse de ciertas responsabilidades.

Empiécese, pues, a examinar algunas de las causas sociales que producen la degeneración y la criminalidad, abogando por que en lugar de presidios y correccionales se instituyan escuelas y artesanados, porque en lugar de miserias e ignorancia haya prosperidad y educación, y entonces ya podremos acometer la idea del Eugenismo y otros.

Pero hasta tanto la sociedad no se reforme y los códigos no sean humanizados me parece que la Esterilización como ley es arbitraria sin que por eso quiera decir que no deba practicarse el Eugenismo como convicción personal, pues si bien la sociedad no tiene derecho a eliminar por un procedimiento u otro a sus

individuos, éstos tampoco lo tienen para dar vida a seres que de antemano no pueden asegurar las debidas condiciones de existencia en sus diferentes órdenes.

Si en la América del Norte han llegado a establecerse leyes convenientes a la Esterilización en favor del Eugenismo, nada atestigua de que eso sea un progreso. El espíritu de dominación y la pasión que allí reina por el dinero, les hace comprender que tales disposiciones les son convenientes para llegar a alcanzar su pretendida e imperiosa hegemonía; pero hasta esos Estados mismos incurren en grandes desavenencias sobre el particular.

En resumen, yo entiendo que si mejoramientos ha de haber en la vida humana, no serán las leyes quien los traerán sino la superación individual y por ende social.

(Continuará.)

Versión libre por SAKUNTALA.



Desde mi atalaya

INDUSTRIAS POBRES



¿Serán muchas las industrias verdaderamente pobres? Me las figuro numerosísimas. A diario tropiezo con esas desgraciadas que marchan jadeantes hacia el taller, tras una mala comida. A diario doy con otras, más desgraciadas todavía, que corren medio tumbadas sobre su lado izquierdo, para resistir el desequilibrio producido por un enorme lío que aprietan contra su flanco derecho.

Puede que una estadística meticulosa diera al traste con mis prevenciones. Una oficina especializada, montada bajo las más avanzadas normas de clasificación y ordenación, podría demostrar, a buen seguro, que las industrias pobres no pasan de media docena. Hay que ocultar la carroña. Así nos lo aconseja nuestro egoísmo.

Las industrias pobres no pasarán de media docena, según nuestra hipotética oficina de clasificación y estadística. Pero, sin estadísticas,

yo las cuento a centenares. Y es que no puede confundirse el número de los talleres con el de las especialidades o ramas industriales. Las industrias realmente pobres serán pocas; pero los talleres dedicados a trabajos industriales tachados de miserables constituyen legión.

Esta legión del hambre tiene un colorido interesante. Interesante a vista de pájaro. Porque, vista de cerca, da miedo.

Y es que la bestia humana tiene un no sé qué de acomodaticio, un irresistible apego a la vida que conocemos y un inconfesable conformismo. Nos molestan los callos; pero hasta el momento en que nos pisan no caemos en la cuenta de que son realmente dolorosos.

Esta pobreza industrial tiene mucho de endémica. Y tendrá mucho de irremediable también. Años ha que se pregona la necesidad de mitigar el sufrimiento de las víctimas de esta miseria. Pero el hálito nauseabundo de esta

plaga continúa emponzoñando el ambiente de las ciudades populosas.

Cabría suponer que tamaña pobreza fuera una consecuencia de las grandes aglomeraciones humanas. De lo contrario, ¿por qué razón se tolera? ¿Cómo no se ha dado con la solución de este problema?

Tengo para mí que la raíz de esta plaga está en el conformismo de la masa. Pero hay que prescindir de esta atrofia del instinto de propia conservación y extirpar la llaga. ¿Contra el deseo de los interesados? Contra todo. Para combatir la viruela se ordenó la vacuna. Y, pese a los rebeldes, la vacuna sigue su camino, y la viruela va siendo cada vez menos temible.

Si las industrias son, realmente, pobres; si no pueden ofrecernos otra cosa, hay que enterrarlas. Tiene a'go de locura el esforzarse en mantener una fabricación que produce miseria. Bien que aceptemos el trabajo como necesidad, que le rindamos culto como fuente de vida; pero, mantener, a sabiendas, una industria improductiva, sería loca terquedad.

Lo menos que puede pedirse al trabajo es la subsistencia del trabajador. Si ni tan sólo alcanzamos a subsistir, será preferible tumbarse a la bartola y desaparecer por inercia, reposadamente.

Cabe preguntar, empero, si las industrias a que aludimos son, realmente, pobres. Esta miseria de los trabajadores ¿no será acaso el resultado de un círculo vicioso? ¿Son las industrias pobres las propagadoras de la miseria? O bien, ¿es obra de los hombres esta pobreza? Puede que unas y otros tengan su tanto de culpa.

Teóricamente, no es concebible una industria cuyo rendimiento no alcance, normalmente, al importe necesario para la subsistencia de los trabajadores. Lo menos que puede exigirse es que al calcular el valor de la mercancía no se olvide el valor de la mano de obra.

Y si la competencia o el afán de aumentar la producción acarrear la disminución del valor producido, esta disminución debe tener por límite el valor de la repelida mano de obra.

Esto, teóricamente, que será tanto como decir lógicamente. Pero viene la práctica y derrumba nuestra frágil argumentación.

Cuando la competencia obligue a disminuir el precio, se procurará rebajar el coste de la

mano de obra. Y, ante el dilema de comer poco o no comer nada, los trabajadores optarán por lo primero, y el coste de la mano de obra será más reducido.

Vendrá entonces un aumento en la venta, y será necesario aumentar el número de trabajadores. Y, naturalmente, se aumentará el número de los que comen poco.

No se acude nunca a lo justo. Se parte siempre de la conveniencia de producir. Y, por tanto, se olvida la razón elemental de abandonar un trabajo cuyo rendimiento es inferior al importe necesario para atender a la subsistencia del productor.

De ahí las industrias pobres. De ahí estos talleres que dan vida—dan vida, esta es la frase vulgar—a una legión de trabajadores—generalmente mujeres—que comen poco.

Claro está que estas industrias pobres tendrán sus oficinas lujosas, y su coche de reparto tirado por brioso tronco, y su propietario acaudalado. Pero estas son cosas inevitables. El valor de la suma de lujos no alcanzaría a proporcionar una existencia decente a los productores.

Y así continúa la miseria sosteniendo a la opulencia.

¿Una paradoja?... Claro. Pero ¿cómo evitarla?

Las industrias pobres no pueden producir riqueza para todos. Bastante tenemos con que consientan el lujo de una parte.

JOSÉ M.^a VILÁ



Tarjetas postales de ESTUDIOS

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:
SERIE I.—*Kant, Rabindranat Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dostoyevski, Larra y Pestalozzi.*

SERIE II.—*Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Ríos.*

SERIE III.—*Kierkegaard, Schiller, Velázquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando Lasso, Horacio Wells, Tolstói, Antón Chejov y Ellen Key.*

SERIE IV.—*Guyau, Goethe, Zurbarán, Luisa Michel, Rodin, Rimski Korsakoff, Branly, Saint Simón, Einstein, Balzac, Angel Gantvet y Clapérede.*

SERIE V.—*Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvochea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.*

SERIE VI.—*Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pizacane, Gabriela Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schumann, William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.*

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 ptas.

Pídanse a esta Administración, anticipando el importe por giro postal o en sellos.

LA ERMITA

Habíamos ido junto con algunos amigos a la centenaria ermita instalada sobre un viejo túmulo cubierto de grandes árboles, en medio de la vasta llanura que va desde Cannes a la Napoule.

Al regresar hablábamos de esos singulares solitarios laicos, numerosos antaño y raza actualmente desaparecida. Y buscábamos las causas morales, esforzándonos en determinar las penas profundas que impulsaban antiguamente a los hombres a esas soledades.

De pronto, uno de nuestros amigos dijo:

—Yo he conocido dos solitarios: un hombre y una mujer. La mujer debe vivir aún. Ella habitaba, hace cinco años, en la cima de un monte completamente desierto, en el lado de Corse, a quince o veinte kilómetros de todo ser viviente. Ella vivía en compañía de una sirvienta. Sin duda, debía ser una mujer de gran mundo y muy distinguida, pues una vez fuí a verla y me recibió con gran cortesía y amabilidad. Sin embargo, de ella nada sé.

En cuanto al hombre, voy a contaros su siniestra aventura.

Volveos. ¿Véis allí bajo ese monte solitario, puntiagudo y embosquecido, que se destaca tras la Napoule, enfrente de las cimas del Esterel? En el país le llaman El Monte de las Serpientes. Es allí que vivía mi solitario, entre los muros de un pequeño templo antiguo, hace unos doce años.

Habiendo oído hablar de él, me decidí a trabar su conocimiento, y una mañana de marzo partí de Cannes a caballo. Dejando mi montura en la posada de Napoule, me puse a ascender a pie ese singular cono, alto, tal vez de ciento cincuenta a doscientos metros, cubierto de plantas aromáticas, particularmente de cystes, cuyo olor es tan vivo y penetrante que perturba y causa malestar. El suelo es pedregoso y por él vense deslizarse continuamente largas serpientes que desaparecen entre las hierbas. De ahí su nombre, en verdad bien me-

recido, de Monte de las Serpientes. En ciertos días los reptiles parece que nazcan bajo los pies cuando alguien asciende la cuesta expuesta al sol. Son tan abundantes, que a veces no se quiere seguir adelante; y se siente una singular inquietud, no por el miedo, ya que esas bestias son inofensivas, sino por una clase de terror místico. Yo he tenido varias veces la singular sensación al trepar por ese monte sagrado de la antigüedad, esa bizarra colina perfumada y misteriosa, cubierta de cyste, poblada de serpientes y coronada por un templo.

Ese templo existe aún. Al menos a mí se me ha informado que lo fué. Yo no he intentado saber más para no echar a perder mis emociones.

Pues yo trepaba una mañana de marzo, bajo el pretexto de admirar el paisaje. Al llegar a la cumbre apercibí, en efecto, algunos muros derruidos y sobre una piedra un hombre sentado. Tenía aproximadamente unos cincuenta y cuatro años. Sus cabellos eran completamente blancos, pero su barba era aún casi negra. Acariciaba un gato apoltonado sobre sus rodillas y pareció indiferente a mí.

Yo dí la vuelta a las ruinas, donde una partida cubierta, cerrada con estacas, ramas, paja, piedras y hierbas le servía de morada, y me acerqué a su lado.

El espectáculo de allí es magnífico. A la derecha el Esterel, con sus cumbres puntiagudas y extrañamente cortadas. El mar desmesurado, alargándose hacia las costas lejanas de Italia y aplastándose furiosamente contra los numerosos cabos. Al frente, Cannes y las islas de Lerins, verdes y plateadas, parecieron flotar, y cuya última presenta hacia su longitud un viejo castillo fortificado, con sus almenadas torres, edificado sobre las olas mismas.

Después, dominando la cuesta verde, en donde se ven semejante a innumerables huevos puestos al borde de la playa, el largo rosario de blancas villas y ciudades construídas entre

los árboles, se elevan los Alpes, cuyas puntas están aún encapuchadas por la nieve.

—¡Qué bello paisaje!—murmuré.

El hombre levantó lentamente su cabeza y, melancólicamente, me dijo.

—Sí; pero cuando eso se ve todo el día, es muy monótono.

Así él hablaba, él conversaba, y se aburría mi solitario. Ya lo tenía.

Ese día no resté mucho tiempo con él; solamente me esforcé por conocer el color de su misantropía. Y me hizo el efecto de un ser cansado de los otros, aburrido, terriblemente desilusionado de sí mismo como de todo.

Después de media hora de conversación, me despedí y me marché, pero ocho días después volví; la siguiente semana, también, y después, durante varias veces, si bien que, al cabo de dos meses, habíamos llegado a ser amigos.

Cierta tarde, a fines de mayo, juzgué el momento oportuno y me llevé conmigo la comida para merendar juntos en el Monte de las Serpientes.

Era una de esas tardes del Mediodía, tan perfumadas en ese país donde se cultivan las flores como en el Norte el grano; en ese país donde se fabrican casi todas las esencias que perfuman la ropa y la carne de la mujer; una de esas tardes donde el soplo de los innumerables naranjos plantados en los jardines y en todos los repliegues de los valles, turba y languide hasta hacer soñar de amor a los ancianos.

Mi solitario acogióme con visible joya y consintió amablemente a compartir mi merienda.

Yo le hice beber un poco de vino, del cual había perdido la habitud, y animóse, empezando a hablarme de su pasada vida.

Bruscamente le pedí:

—¡Qué extraña idea ha tenido usted al venir a encaramarse aquí!

—¡Ah! —respondióme tristemente—, es que yo he recibido la más ruda sacudida que pueda recibir un hombre. Pero... ¿por qué ocultarle mi desgracia? Ella le hará tal vez compadecerme. Y después... yo no lo he dicho a nadie... jamás... y yo quisiera saber... una vez... lo que otro piensa... y cómo él la juzga.

Callóse un momento como para recoger sus ideas, y prosiguió:

—Nacido en París, educado en París, yo me

desarrollé y viví en esa ciudad. Mis padres me habían dejado unos millares de francos, que unidos a una plaza tranquila y modesta que obtuve por protección, me hacían considerarme rico.

Yo había vivido durante mi adolescencia una vida de joven, usted sabe lo que es eso. Libre y sin familia, resuelto a nunca tomar esposa legítima, yo pasaba tan pronto tres meses con una, tan pronto seis meses con otra, como libre, tomándola en el montón de las jóvenes vendibles.

Esa existencia mediocre, banal si usted quiere, me agradaba; satisfacía mis gustos de variación y libertinaje. Yo vivía en el boulevard, en los teatros, en los cafés, siempre fuera, casi siempre sin domicilio, aunque muy bien alojado. Era uno de esos millares de seres que se dejan flotar como corchos en la vida, y para los cuales las puertas de París son las puertas del mundo. Un miserable muñeco sin otra ley que mi voluntad y otra razón que mis instintos.

De los veinte a los cuarenta años mi existencia se deslizó rápida, sin ningún acto digno de mención. ¡Cómo pasan veloces los años de París sin dejar en el espíritu ninguno de esos recuerdos remarcables. esos años largos y rápidos, banales y alegres, en donde se bebe, ríe y come sin saber por qué, los labios tendidos hacia todo lo que gusta y besa, sin envidiar nada! Uno era joven; y uno llega a viejo sin haber hecho nada de lo que hacen los otros; sin ningún lazo, sin ninguna atadura, sin ninguna raíz, casi sin amigos, sin parientes, sin esposa, sin hijos...

Así llegué a cumplir cuarenta años, y para festejar mi aniversario me ofrecí a mí solo una pantagruélica comida en uno de los mejores restaurants. Era yo un solitario, y juzgaba chistoso celebrar esa data en soledad.

Después de comer, vacilé sobre lo que haría. Quise entrar en un teatro, pero la idea me vino de ir a dar una vuelta por el barrio Latino, del cual era muy asiduo antiguamente. Así, pues, atravesé París y entré sin premeditación en una de esas cervecerías en que sirven las mujeres.

Acercóseme una sirvienta, joven, elegante y bonita. Yo le ofrecí una consumación que ella aceptó inmediatamente. Sentada frente a mí, me examinaba con su mirada ejercitada, para saber en que género de hombre tenía faena. Era una

bonita rubia, una fresca y sonrosada criatura, cuyas formas perfectas se adivinaban bajo la tela de su traje. Yo le dije las cosas galantes y estúpidas que se dicen siempre a esas desgraciadas jóvenes, y como era realmente hermosa, se me ocurrió llevármela... siempre para festejar mi cuarentena.

Eso no fué largo ni difícil. Ella era libre desde unos quince días, según me dijo... y aceptó al momento el venir conmigo a cenar a las Halles, cuando hubiera terminado su servicio.

Yo temía que faltase a la cita—nadie sabe lo que puede ocurrir en esas cervecerías, ni el viento que sopla en la cabeza de una mujer—y me quedé allí toda la tarde esperándola.

Yo era libre también desde un mes y medio, y al mirar ir de mesa en mesa a aquella linda debutante del amor, me pedía si no haría mejor el retirarme con ella en una *garçonnière* durante algún tiempo.

Yo le cuento una de esas vulgares aventuras cotidianas de la vida del soltero en París. Perdóneme esos detalles groseros: aquellos que no han amado jamás poéticamente, toman y escogen las mujeres como se escoge una costilla en la carnicería, sin ocuparse de otra cosa que de la calidad de la carne.

Yo llevé a la joven a su casa. Era una pequeña vivienda para obrera, al quinto piso, pobre y limpia. Y pasé allí dos horas encantadoras. Tenía la pequeña una gracia y gentileza rara.

Cuando iba a despedirme, me acerqué a la chimenea a fin de dejar el regalo reglamentario, después de haber tomado fecha para otra entrevista con la joven que estaba al lecho; y vi vagamente una péndola bajo un globo, dos vasos con flores y dos fotografías, una de ellas muy antigua, una de esas pruebas hechas sobre vidrio llamado daguerrotípia. Por casualidad mi vista posóse sobre ese retrato y me quedé confuso, asombrado, demasiado sorprendido para comprender...

Era el mío, el primero de mis retratos... que me había hecho hacer cuando vivía como estudiante en el barrio Latino.

Bruscamente lo cogí para examinarlo de cerca. No me equivocaba... y entonces tuve envidia de reír, tanto me pareció la cosa inesperada y extraña.

Mi corazón latía precipitadamente como el

galope de un caballo furioso. Lentamente, maquinalmente, coloqué la imagen extendida sobre la chimenea, y sin saber lo que me hacía, sin conciencia de mí mismo, puse encima dos billetes de cien francos que llevaba en el bolsillo, mientras me retiraba gritando:

—Hasta luego... mi querida... hasta luego.

Y mientras palpando descendía la oscura escalera, entendí que ella respondía:

—Hasta el martes.

Salí afuera. Llovía. A grandes pasos me dirigí hacia una calle cualquiera.

Andaba precipitadamente, enloquecido, perdido, desatinado, intentando recordarme. ¿Era posible? Sí. Súbito me recordé de una muchacha que me había escrito al cabo de un mes de haber roto nuestras relaciones, y me decía que estaba encinta de mí. Y yo había roto o quemado la carta y había olvidado. Habría debido mirar la fotografía de la mujer sobre la chimenea de la pequeña, me decía, mas, ¿la habría reconocido? Era el retrato de una mujer vieja, me pareció.

Llegué al muelle. Vi un banco y me senté. Una lluvia menuda e impertinente me azotaba el rostro. Los transeuntes pasaban rápidos bajo sus paraguas. Y en aquel momento, la vida me pareció odiosa y repugnante, llena de miserias, de vergüenzas, de infamias voluntarias o inconscientes.

Quería tirarme al agua. Estaba loco. Hasta el amanecer erré por la ciudad, y al alba, fuí a cerrarme en mi casa.

Y entonces, hice lo que me pareció más sensato. Llamé a un notario y le rogué pidiese a la pequeña, en qué condiciones su madre le había entregado la fotografía del que ella suponía su padre, diciéndole que un amigo le había encargado de hacerlo.

El notario ejecutó mis órdenes. Era en el lecho de muerte y delante un sacerdote que se me indicó, que aquella mujer había designado el padre de su hija.

Entonces, siempre en nombre del amigo desconocido, hice remitir a la joven la mitad de mi fortuna, aproximadamente unos ciento cuarenta mil francos, de los cuales ella no podía disfrutar más que los intereses. Dí la dimisión de mi empleo y heme aquí.

Errando por esta costa, encontré ese monte y me paré... ¿hasta cuándo?... lo ignoro.

¿Qué piensa de mí... y de lo que he hecho?

—Usted ha hecho—le contesté mientras le tendía la mano—lo que debía hacer. Muchos otros hubiesen dado menos importancia a esa odiosa fatalidad.

—Ya lo sé—repuso—mas yo, yo he arriesgado volverme loco. Parece que yo tenía el alma sensible, sin que jamás me hubiera dado cuenta. Y ahora, yo tengo miedo de París, como los creyentes deben tener miedo del infierno. Yo he recibido un golpe en la cabeza, semejante al de una caída de una teja cuando

uno va por la calle. Sin embargo, desde algún tiempo me encuentro mejor.

Cuando quité mi solitario, estaba bastante turbado por su relato.

Aun le vi dos veces más. Después partí, pues yo no resto jamás en el Mediodía, finido el mes de mayo.

Cuando al año siguiente volví, el hombre del Monte de las Serpientes había desaparecido y jamás he oído hablar de él.

He ahí la historia de mi solitario.

GUY DE MAUPASSANT

Traducción para "Estudios" por ORESSNOMAR



**Divulgaciones
médicas**

Cómo se evita y cómo se cura la sífilis

(Continuación)



Formas de contagio

El sífilítico, es, pues, contagioso aun cuando no tenga ulceraciones, pero es muy contagioso cuando las tiene.

El contagio directo es, con mucho, el más frecuente, y se produce siempre que se pongan en contacto la mucosidad infectante con la piel o la mucosa, en las condiciones ya indicadas.

Se comprende entonces, que es un error el suponer que la sífilis es una enfermedad que se trasmite exclusivamente por los órganos genitales.

Esta forma de contagio es sólo la más frecuente. Se ha calculado que de cada diez casos de contagio de sífilis, nueve son de origen genital.

El coito es la gran causa de contagio. La más leve erosión de los órganos genitales puede dar lugar a la penetración de la spirochaeta y esta erosión puede producirse y se produce frecuentemente durante el mismo coito, de tal manera que es imposible prevenirla o evitarla en sí y en sus consecuencias.

Una mujer sana puede contagiar una sífilis si poco tiempo antes ha tenido relaciones sexuales con un sífilítico, pues en este caso las muco-

sidades infectantes permanecen por mucho tiempo en la vagina.

Los besos pueden inocular la sífilis, pues a menudo existen sobre los labios pequeñas grietas o erosiones no apreciables pero capaces de dar entrada a las spirochaetas.

Las relaciones sexuales anormalmente realizadas deben ser tenidas muy en cuenta, por la posibilidad de que las mucosidades bucales inoculen spirochaetas en cualquier parte de la superficie de la piel que esté ligeramente erosionada o en las superficies de las mucosas aun cuando estén completamente sanas.

La sífilis de las nodrizas puede ser inoculada al niño cuando mama y viceversa.

El contagio indirecto es menos frecuente pero no por eso menos real. Las spirochaetas resisten poco a la disecación, y el lavado con agua arrastra sin duda la mayoría de las que puedan ser depositadas en los diversos objetos que se usan diariamente. Si no fuera así, se podría asegurar que toda la humanidad estaría en este momento contaminada por la enfermedad. Pero cuando el transporte de las spirochaetas se hace en un breve lapso de tiempo, el contagio es relativamente fácil.

Entre todas las formas de contagio indirecto, el producido por el mate es sin duda el más

temible. Por su intermedio se producen verdaderas epidemias familiares de sífilis cuando entre sus miembros o allegados hay un enfermo. Niños, ancianos, mujeres y varones, nadie se libra de la infección.

El contagio por los cubiertos es posible y relativamente fácil en el seno de la familia; puede ser considerado como raro con los cubiertos de los comedores comunes de hoteles, trenes, etcétera, sin duda por cuanto el lavado insignificante que de ellos se hace es sin embargo suficiente para arrastrar las spirochaetas.

Debe ser mencionada la probabilidad no muy lejana del *contagio por la navaja en las peluquerías*, tanto más probable cuanto que durante la operación de afeitarse, se producen numerosas pequeñas grietas en el cutis y en los folículos pilosos, por donde pueden penetrar las spirochaetas con facilidad.

El período de incubación y el período primario

La sífilis evoluciona en *períodos* que conviene conocer en síntesis: de *incubación, primario, secundario y terciario*.

Período de incubación.—Cuando las spirochaetas han penetrado por un punto cualquiera del revestimiento cutáneo o mucoso, la infección se produce fatalmente, pero antes de que aparezcan sus primeros síntomas apreciables, transcurre un cierto tiempo durante el cual nada revela su presencia. Se llama a este período, *período de incubación*, y es de duración variable, pero se le puede asignar un término medio de veinticinco o treinta días. Nunca es menor de diez ni mayor de cuarenta. Cualquier ulceración que aparezca después de este tiempo y consecutiva a un contacto sospechoso, debe ser, pues, tenida en cuenta para las medidas de precaución y de cura de que hablaremos más adelante.

Durante el período de incubación puede curarse y desaparecer sin dejar rastros la pequeña herida o escoriación por la cual ha penetrado la spirochaeta, en el caso de que esta escoriación haya sido apreciable.

Período primario.—Al cabo del tiempo indicado, se produce la lesión local conocida con el nombre de *chancro*. Está siempre situada en

el sitio por donde ha penetrado la spirochaeta, en la piel si ha sido por la piel, y en la mucosa si ha sido por la mucosa. Debe desterrarse, pues, el error de que el chancro está siempre en los órganos genitales, aun cuando es cierto que ese es su asiento más habitual.

El chancro tiene caracteres fácilmente apreciables para los médicos acostumbrados a diagnosticarlos, pero puede ser a veces confundido con lesiones de otro orden—los llamados *chancros simples*—por lo cual para el profano, toda lesión de los órganos genitales (o de otra parte cualquiera de la piel y de las mucosas cuando ha sido consecutiva a contactos sexuales) debe ser considerada como sospechosa.

En el chancro, ya sea que se manifieste bajo la forma de una induración o de una ulceración, las spirochaetas inician su multiplicación, pero durante un cierto tiempo permanecen en el mismo punto sin propagarse en forma de *infección generalizada* a todo el organismo.

Esta localización de la infección que se mantiene por cierto tiempo, tiene una gran importancia en el tratamiento de la sífilis, importancia sobre la cual insistiremos más adelante estableciendo que es el único momento en el cual la enfermedad puede ser curada completamente. No dura más de tres semanas a contar desde el momento en que el chancro ha aparecido.

Como la infección se mantiene localizada, los humores del organismo no están aún cargados de spirochaetas y no son contagiosos; sólo es contagioso el chancro mismo. Una partícula de la secreción de la úlcera, deja ver numerosas spirochaetas.

Al cabo de un tiempo más o menos largo, el chancro concluye por curarse dejando sólo detrás de sí una cicatriz indeleble, la cual permitirá al médico reconocerlo cuando haya desaparecido. El chancro dura más o menos un mes. Antes de que esté curado completamente, desde la cuarta semana a contar desde su aparición, la enfermedad se ha generalizado a todo el organismo y la curación completa es muy problemática sea cual sea el tratamiento que se emplee.

El período secundario

Después de la cicatrización del chancro, se produce un período de verdadera calma, durante el cual nada denuncia la existencia de la

enfermedad. Este intervalo no debe engañar al enfermo haciéndole pensar que no se trata de una sífilis, y que puede abandonar impunemente toda idea de tratamiento. Al cabo de un tiempo más o menos largo, aparecen los signos que caracterizan el período secundario de la enfermedad.

Como todas las enfermedades infecto-contagiosas agudas, la sífilis produce en el organismo atacado una verdadera reacción general. El enfermo se siente mal, caído, con fiebre; disminuye su apetito, pierde sus fuerzas, tiene opresión, palpitaciones, insomnios; tales fenómenos de orden físico se acompañan a menudo de una verdadera depresión moral y la tristeza más profunda embarga el espíritu.

Al mismo tiempo o consecutivamente a estos síntomas generales que denotan la invasión y la pululación en el organismo de la spirochaeta pálida, aparecen en la piel y en las mucosas las *manifestaciones del período secundario*, las cuales son sumamente variadas. Consisten, sobre todo, en erupciones diseminadas sobre toda la extensión de la piel y constituidas por manchas de color rojizo o pequeños granos salientes, o ampollitas, a veces, aun, pequeñas ulceraciones de forma y tamaño variable. Estas erupciones no dan comezón ni producen dolor y desaparecen en un tiempo variable.

La *alopecia*, esto es, la caída de los cabellos, de las cejas, de las pestañas, constituye uno de los signos más característicos de la sífilis.

Todas las mucosas del cuerpo son atacadas, y principalmente las que revisten las cavidades de la boca, la nariz y las cavidades genitales en la mujer. Las lesiones tienen a menudo el aspecto de verdaderas ulceraciones cuya superficie están recubiertas por una exudación blanquizca que las ha hecho designar con el nombre de *placas mucosas*. De cualquier forma que sean y en cualquier sitio que estén, tienen ese carácter importantísimo: *son sumamente contagiosas*. De ellas se ha dicho, que son "la principal fuente en la cual se alimenta la sífilis". Están cargadas de spirochaetas, como puede demostrarlo de inmediato un examen al ultramicroscopio.

De estas lecciones es de donde se transportan habitualmente las mucosidades infectantes de que hemos hablado en un capítulo anterior.

Unas veces las placas mucosas son fácil-

mente visibles, pues están asentadas en los labios, en la lengua, en la parte externa de los órganos genitales. Pero otras es necesario, para encontrarlas, examinar al enfermo con todo cuidado, pudiendo estar ocultas en los lugares más profundos, en los repliegues que forman las mucosas, en el fondo de la vagina en la mujer, en las amígdalas, bajo la lengua, en el paladar, etc.

El período secundario es el más contagioso de la sífilis. Todos los humores del organismo contienen millares de millares de spirochaetas. Las relaciones sexuales con un enfermo en tales condiciones, contagia casi fatalmente la enfermedad.

El período secundario dura un tiempo variable, pero tiene la característica de producirse en recaídas. El enfermo aparece como sano y no lo está. Sigue siendo contagioso, y al cabo de algún tiempo, nuevas erupciones y nuevas placas mucosas revelan que la enfermedad está en todo su apogeo. Estas remisiones engañan a veces a los enfermos, que suponen una curación completa y abandonan todo tratamiento, sufriendo los desengaños y las molestias consecutivas.

DR. CAMILO MUNIAGURRIA

(Continuará)

La Verdadera Ciencia de Curar

(Sin drogas ni operaciones)

Utilizando los elementos que la Naturaleza sabia pone al alcance del hombre, y aprovechando los tres factores esenciales de la vida: *Agua, Aire y Sol*, cuya acertada aplicación puede hacer verdaderos milagros en el tratamiento y curación de las enfermedades, por rebeldes que sean. Contiene esta obra trascendental de medicina naturista adaptada a las características de la raza latina, además de un extenso y minucioso tratado sobre toda clase de enfermedades, al alcance de todos, una parte dedicada al estudio y propiedades de las plantas medicinales, y otra para conocer las enfermedades por la expresión del rostro.

Un precioso volumen de 540 pág. con 93 grabados, ricamente encuadernado.—*Precio, 20 pesetas.*

Pedidos a esta Administración: Apartado, 158.—Valencia.



BIBLIOGRAFÍA



La que supo vivir su amor, por *Higinio Noja Ruiz*.—Acaba de aparecer esta novela, publicada por la Editorial Rubiños, de Madrid.

Su autor, Higinio Noja Ruiz, es un escritor joven, de una ponderada personalidad en nuestras letras, pues los libros que lleva publicados —*Los sombríos* y *Los galeotes del amor*— han sido vendidos hasta el último ejemplar.

La que supo vivir su amor no es una narración falaz de unos amoríos tristes o quiméricos ni tampoco una trama urdida en horas de desaliento y de amargura descrita por estilo vistoso de vanguardista.

La que supo vivir su amor es la novela que recoge el clamor, hasta hoy inédito, de la mujer moderna en su doble personalidad sentimental e intelectual. Es un asunto nuevo, insospechado, que ha de causar sensación profunda en la tranquila república de las letras españolas.

Cerca de 300 páginas. Ejemplar, 4 pesetas. Pedidos a esta Administración.

Dos libros de Eugenio Noel.—Decir dos libros nuevos de Eugenio Noel, es decir dos nuevos regalos del entendimiento. No hay hoy en España escritor más profundo en su análisis, más cordial en su aparente despego y más trascendental en sus apreciaciones, producto de un incansante estudio de los hechos y de los hombres.

Ligetamente se ha tildado a Noel, quizá, de poco afecto a su tierra nativa; pero también tuvo esa tilde el gran Costa, con quien tiene semejanzas, y es que uno y otro supieron escudriñar los vicios y las faltas de sus contemporáneos con el frío escalpelo de la ciencia social, para poner enmienda, sin miramientos ni remilgos, con la amargura del descontento, pero siempre con un corazón puro y amoroso que se descubre a través de sus censuras.

Eugenio Noel flagela con elegancia, pero a veces con fiereza; no es el escritor agrador de todos los Segismundos ni el cantor de las noches de luna. Cuando Noel escribe es porque

tiene mucho que decir, y lo dice todo. Nada se le queda dentro. Por eso tiene enemigos; por eso se le ha vituperado, y por eso es cada vez, también, más leído y apreciado.

El Picador Veneno, que es uno de los libros que acabamos de leer, es la novela de su tema favorito, el antitaurismo; pero no teman los aficionados a esa fiesta tan discutida que haya ni tanto así de "veneno" en la fábula taurina que desarrolla, ni que el "Picador" de tal apodo sea una figura desprovista de humanidad. Con donosa soltura pinta a su protagonista, que se ve es arrancado a la realidad. Otras novelitas completan el tomo, todas ellas de sin igual interés e intención.

El otro libro titúlase *Aguafuertes Ibéricas*, y su bien puesto título indica perfectamente los asuntos que le forman. Merecen citarse los trabajos rotulados "La muerte del maestro", "Un rincón de Marchena", "Sombra en el Dragón, sol en el Teide", "Hubo allí un pueblo", "En los meandros del Guadaira" y "Un niño íbero: mi hijo".

Estos dos libros, editados por la Casa Maucci, de Barcelona, están muy bien presentados, y ostentan alegóricas cubiertas en tricromía, de Gastón Pujol, muy artísticas.

Precio de cada volumen: 3 pesetas. Pedidos a esta Administración.

Mis Memorias, por *Emilio Salgari*.—¡El último libro de un autor! ¡El libro póstumo! ¡Cuánta melancolía encierran estas palabras, y con cuánta emoción pondría Salgari su pluma sobre el papel al trazar el título de su postrer obra!

Un libro sincero, emotivo, todo corazón, dedicado a los miles y miles de lectores que el genio inventivo de tan popular escritor había conseguido.

Nada más elocuente y sincero por su sencillez que las primeras líneas que encabezan este libro admirable, y que vamos a copiar.

"Escribir las propias memorias, cuando las

luces de la esperanza van amortiguándose, cuando ya no se está en condiciones de desear nada en la vida, cuando se está cansado por la labor realizada y por las luchas soportadas, no es cosa fácil ni agradable.

“Sin embargo, en mi caso, la tarea adquiere la forma de una necesidad y de un deber. Y yo no intento sustraerme a la obligación, porque deseo que mis hijos, y cuantos me amaron y me conocieron a través de mis libros, saquen de la narración de mi extraña vida de aventuras, aquellas enseñanzas y aquella áspera voluntad de batallar, aquel deseo de aventuras y de gloria que yo quisiera estuviesen infundidos en el alma de todos los jóvenes. *Mis Memorias* serán, por eso, el coronamiento de toda mi obra: la síntesis, el epílogo.

“Escribo estas líneas en una triste mañana de enero, mientras el cielo está gris, y todo es gris en torno mío. Pero la constancia para llevar a término este mi especie de testamento moral, no me faltará. Al menos, así lo espero.”

Las Memorias de Salgarí se leen con el mismo deleite que una de sus novelas. Con más interés aún, porque se sabe que allí no hay ficción, es la vida misma la que en sus páginas se reproduce, que revive al conjuro mágico de la pluma del escritor.

Cuantos hayan leído las obras del maravilloso novelista encontrarán en las páginas de este libro las más sanas emociones, las más puras enseñanzas. Ningún lector de Salgarí dejará de leer este libro.

Ha sido editado por la misma Casa Maucci que editó sus demás obras. Las condiciones de presentación del libro son análogas a las obras citadas, a fin de que forme una colección homogénea.

La traducción ha sido hecha con el mayor esmero por el distinguido militar y publicista don Gonzalo Calvo. Ostenta el libro una hermosa cubierta en tricromía, y va ilustrado con trece láminas.

Precio: 5 pesetas. Pedidos a esta Administración.

Teatro Mundial. *Ediciones Maucci.* — Consecuente la Casa Maucci, de Barcelona, en la obra de difusión literaria de todos los géneros, comenzó la publicación de las mejores obras teatrales, de las que tiene ya en catálogo

cerca de trescientas, editadas en condiciones muy asequibles, sin que por ello se diferencien en su presentación de otras análogas que son más costosas.

Tenemos a la vista las siguientes, que son las últimamente publicadas, y que nos acaba de remitir la Casa Editora: *El alcalde de Zalamea*, de Calderón; *Andrea del Sarto*, de Musset; *El sol de la Humanidad*, de Fola; *Las estrellas*, de Arniches; *El timo de la paloma*, de Brissa y Sevilla; *El rayo*, de Muñoz Seca; *La Niña de las Perlas*, de Calero.

La Casa Maucci puede ufanarse de que ha conseguido que las obras teatrales lleguen a manos del público lector, que antes se contentaba con presenciar su representación. Los lectores numerosos de España y de América pueden atestiguarlo. Pedidos a esta Administración.

El hijo del señor Esteve. — Ángel Samblancat, el más tierno y más severo de los novelistas modernos; el escritor que tiene para cada injusticia el sibilante latigazo de cien frases mordaces, se nos presenta en esta nueva novela como un felicísimo explorador de las más ocultas reconditeces del corazón humano.

El viejo cínico, libidinoso y egoísta, que logró enriquecerse utilizando el puñal de su hipócrita honradez; el romántico doncel, ingenuo y optimista, despreciador de los millones atesorados por un padre odiosamente moral; la mujer, amante y cariñosa, que antes fué de todos, y que muestra, por fin, al elegido de su corazón, el tesoro inagotable de ternuras en que se inflama su pecho. Tales son las sólidas columnas que sustentan la ciclópea arquitectura de este libro, todo amor y todo odio, que enseña a amar y a aborrecer, que eleva fervidos cantos a la vida y consagra una de sus mejores páginas a la Muerte, la muda diosa de amplio abrazo acogedor.—Un tomo de 224 páginas, tres pesetas.



Si en la localidad en donde reside no hay corresponsal de esta Revista, facilítenos una persona solvente que se encargue de su venta, o conviértase usted mismo en corresponsal, recomendándola a todas las personas amantes del estudio.

SELECCIÓN LITERARIA

La Novela Mensual de ESTUDIOS

ANTE LA GUILLOTINA

Por Iván Tourgueneff

En el momento en que, según las agencias telegráficas, Francia abole los Consejos de Guerra, pasando todos los efectos de éstos a la jurisdicción civil; en el momento en que con insistencia se habla en el vecino país de la abolición de la monstruosa guillotina, creemos de actualidad reproducir la siguiente narración del gran escritor ruso Iván Tourgueneff, que con sólo explicar las sensaciones sentidas en una noche ante un hombre condenado a la última pena en París, hace sentir todo el horror que inspira la pena de muerte. Además, creemos contribuir, aunque débilmente, a este clamor universal, tan humano, que pide el respeto a la vida del hombre.

I

Cierto día del mes de enero de 1870, comía yo en París, en casa de un mi amigo queridísimo, cuando Máximo Du Camp me hizo una proposición inesperada, quiero decir que me preguntó si me hallaba dispuesto a presenciar la ejecución de Troppmann, y me ofreció hacerme admitir entre los pocos privilegiados que tenían autorización para entrar en la cárcel.

Todavía está vivo el recuerdo del crimen cometido por el famoso asesino; y en los instantes a que arriba aludo, los parisienses no hablaban de otra cosa que de Troppmann, dando de lado, para no ocuparse más que en él, el nombramiento del seudo parlamentario Ollivier, y el asesinato de Víctor Noir, muerto a manos del príncipe Bonaparte, que con escándalo universal fué absuelto.

En los escaparates de todas las papelerías campeaban, alineados, multitud de retratos del *ilustre asesino de Pantín*, joven de frente despejada, ojos negros y labios abultados.

Ya hacía algunos días que, anochecido, se veían en la plaza de la Roquette *blusas ennegrecidas* por el trabajo: eran obreros que iban a ver si levantaban la guillotina, y los cuales, engañados en su espera, se retiraban mucho después de media noche.

La invitación de Máximo Du Camp me cogió a la imprevista y la acepté sin reflexión. Prometí encontrarme, a las once de la noche, junto a la estatua del príncipe Eugenio, en el bulevar de este nombre; pero llegada la hora, me arrepentí de haber contraído tal compromiso; mas era ya demasiado tarde para volverme atrás.

—Acaso creerían que tengo miedo, dije entre mí, movido por una vergüenza mal entendida.

Para expiar mi flaqueza, y anheloso de que mis observaciones aprovechen a los demás, voy a referir cuanto presencié, a evocar en mi recuerdo todas las impresiones penosas de aquella noche. Quizá de esta suerte llenaré algo más que la curiosidad del lector, que tal vez sacará doctrina de mi relato.

II

Al llegar Máximo Du Camp y yo al pie de la estatua del príncipe Eugenio, ya nos aguardaban allí varios caballeros, entre los cuales figuraba el renombrado jefe de policía Claude, a quien Máximo me presentó. Los demás eran invitados privilegiados, como yo, casi todos ellos gacetilleros o periodistas...

Máximo me anunció que pasaríamos la noche en la habitación del alcaide de la cárcel.

En invierno las ejecuciones se efectúan a las siete de la mañana, pero hay que estar presente en el teatro de la tragedia antes de media noche, si no, es imposible abrirse paso al través de la apiñada muchedumbre.

Desde la estatua del príncipe Eugenio hasta la cárcel de la Roquette, hay a lo sumo quinientos metros. Todavía no pasaba nada insólito, solamente los bulevares estaban un poco más animados que de costumbre; los viandantes llevaban todos la misma dirección, y las mujeres andaban también apresuradamente. Olvidábaseme decir que los cafés y las tabernas estaban aún alumbrados, cosa extraordinaria, en hora tan avanzada, en los barrios extremos de la gran metrópoli.

Con no estar neblinosa la atmósfera, ni llover, ni helar, la noche era lóbrega, húmeda y helada: una verdadera noche de enero en París.

El jefe de la policía secreta nos advirtió haber llegado la hora de ponernos en camino, y nos salimos. Claude conservaba la serenidad y la soltura de quien vaca a sus habituales ocupaciones, y en quien ejecuciones tales no inspiran otro deseo que el de llenar lo más aprisa posible su cometido.

Claude, rayano en los cincuenta, de cráneo esférico, fornido de miembros, rechoncho, y de facciones sin relieve como las de una miniatura, llevaba los cabellos al rape, y llamaba la atención por la extraordinaria amplitud de su frente, su barbilla y su cogote; su voz áspera y sin inflexiones, sus ojuelos overos, sus fuertes y cortos dedos, sus musculosas piernas y todos sus movimientos, firmes y acompasados, revelaban una energía y una voluntad inquebrantables. Dicen que el tal es habilísimo en su profesión, y que ladrones y asesinos lo temen grandemente. Los delitos políticos no caen bajo su jurisdicción. Su compañero el señor G., de quien también me ha hablado con elogio Máximo Du Camp, es de modales más finos, y parece afeminado y sentimental.

Excepto Claude y el señor G., y quizá también Du Camp, todos estábamos en brasas, casi nos avergonzábamos de encontrarnos allí, y andábamos como en la caza, muy empinados, a la deshilada.

Conforme nos acercábamos a la Roquette aumentaba en nuestro camino la concurrencia, que sin embargo no era todavía lo que puede llamarse muchedumbre. No se oía ningún grito, ni siquiera una conversación ruidosa; "el espectáculo" aun no había empezado. En la plaza se veían muchos golfos que, con la gorra echada sobre la nariz, iban de acá para allá andando del modo mandria y receloso que sólo se ve en París, y que, en un cerrar de ojos, se transforma en veloz carrera parecida, en los saltos, a la de los simios.

—¡Aquí está!... ¡Aquí está!... ¡Es él!... vocearon algunos a nuestro derredor.

—¡Hombre!—me dijo de pronto Máximo Du Camp—, lo toman a usted por el verdugo.

—Los comienzos prometen—, dije para mis adentros.

El verdugo de París, al cual conocí horas después, es de mi estatura y tiene tan canos como yo los cabellos.

Por fin descubrimos un espacio larguísimo, aunque no muy ancho, limitado a una y otra parte por dos edificios con trazas de cuartel, sombríos y de arquitectura vulgar. Uno de ellos era la casa de los jóvenes reclusos; el otro, el de la derecha, servía de depósito para los reos de la cárcel de la Roquette.

En el centro de la plaza de la Roquette había cuatro filas de soldados, y a retaguardia de éstos, a veinte pasos, había otras cuatro filas. Suele la tropa no figurar en las ejecuciones; pero en la de Troppmann el Gobierno, a causa de la exacerbación de los ánimos, sobreexcitados por el asesinato de Víctor Noir, en la creencia de que la policía era insuficiente para mantener a raya a la muchedumbre, tomó disposiciones extraordinarias.

Las puertas principales de la Roquette daban derechamente al centro de la plaza acordonada por la tropa, y por delante de aquellas puertas se paseaban lentamente varios alguaciles: un oficial, joven y de aventajada estatura, que ostentaba quepis ricamente bordado, se vino a

nosotros con impetuosidad que me recordó la policía de mi patria; pero se calmó luego a luego de haber conocido a los suyos.

En esto entreabrieron la puerta de la cárcel, y con grandes precauciones nos introdujeron en el cuerpo de guardia. Una vez en él, fuimos objeto de un registro minucioso y de un largo interrogatorio, y llenada esta formalidad, nos hicieron cruzar un gran patio interior y un patín, al que daba la habitación del alcaide, el cual nos estaba aguardando.

Era, el tal, hombre robusto, alto de cuerpo, de bigote y perilla entrecanos, y tenía el rostro típico de los oficiales de infantería: nariz aguileña, ojos inmóviles de bestia fiera, y minúsculo el cráneo. Aquel sujeto nos acogió con amabilidad y sencillez; pero a pesar suyo sus ademanes y sus palabras revelaban al instrumento ciego de su amo, al instrumento capaz de cumplir sin titubear la orden más feroz. Por lo demás, aquel hombre había dado ya pruebas de su adhesión en la noche del 2 de diciembre; él era el que con su batallón había invadido la imprenta del *Monitor*.

El alcaide nos cedió galantemente su habitación, situada en el segundo piso del cuerpo principal, y que se componía de dos piezas regularmente amuebladas. En las chimeneas ardía una buena lumbre. Una galguita que tenía lastimada una pata, andaba cojeando de una alfombra a otra, mientras meneaba el rabo y nos miraba con expresión de tristeza, como si también ella se sintiese encarcelada.

Los invitados éramos ocho, a algunos de los cuales, como a Sardou y Alberto Wolf, los conocí por haber visto antes sus fotografías... Pero no sentí ni el más mínimo deseo de dirigirles la palabra.

Sentado que nos hubimos en el salón, Máximo Du Camp se acercó a Claude.

Dicho se está que Troppmann fué el único objeto de la conversación, el centro de todos nuestros pensamientos.

—El reo, nos dijo el alcaide, se amodorró anoche, a las nueve, y aun está durmiendo apaciblemente. Troppmann presiente la recusación de su recurso de indulto, y solicita de mí la verdad sobre este extremo, y persiste en declarar que tuvo cómplices a los cuales se niega a nombrar. Indudablemente, en el momento decisivo, Troppmann se atemorizará, pero hasta ahora come apetitosamente y no pide libro alguno.

Algunos de los presentes en el salón preguntábanse si podía darse crédito a las afirmaciones de aquel criminal, que hasta entonces no había hecho sino mentir descaradamente, y volvió a salir a colación y con todos sus pormenores el asesinato. ¿Qué decían del cráneo de Troppmann los frenólogos?... Hablóse de la pena capital... pero la conversación era lánguida, los presentes discutían con frialdad, sin convicción, echando mano de muchos lugares comunes, y al menor pretexto se interrumpían sin anudar el discurso... Era imposible hablar de otra cosa que del acontecimiento de aquella noche; lo imponía el respeto involuntario que la muerte inspira y el respeto por aquel ser humano condenado a padecerla. Todos estábamos vagamente inquietos; no que nos aburriésemos; pero aquel malestar indefinible, aquella ansiedad devoradora, eran imponderablemente más penosos que el tedio... Parecía que aquella noche iba a ser eterna.

En cuanto a mí, sólo echaba de ver una cosa, y es que no me cabía el derecho de estar allí en la hora aquella; que mi presencia en tal sitio no la podía justificar ninguna consideración psicológica ni moral.

Claude, que se había ausentado, tornó al salón, y nos dijo que el famoso Jud se le había escapado de entre los dedos, pero que no desesperaba de echarle nuevamente las manos, si aun vivía.

Prontamente se oyó el pesado rodar de una carreta, y pocos minutos después nos comunicaron que acababa de llegar la guillotina.

Como si hubiésemos temido que se nos escapase la ocasión de ver al fatal instrumento, nos bajamos todos apresuradamente a la calle.

III

A la puerta de la cárcel había un furgón sólido y cerrado, con tres caballos uncidos a él, seguido de otro furgón, pequeño y bajo, de dos ruedas y en forma de caja prolongada. Este último furgón estaba destinado, como luego supimos, a recibir el cadáver del reo, inmediatamente después de la ejecución, y a transportarlo al cementerio.

Varios obreros con blusas cortas rodeaban el furgón y atendían las órdenes que a media voz les daba un sujeto alto que ostentaba sombrero, corbata blanca y un ligero paletó echado sobre los hombros... Aquel sujeto era el verdugo, y con él cruzaban cortesías todas las autoridades, incluso el alcaide y el oficial del quepis bordado.

—Hola, señor *Indric*; muy buenas, señor *Indric*—, decían a aquel hombre, alsaciano de nacimiento y cuyo verdadero nombre era Heidenreich.

También yo me acerqué al verdugo, que por el pronto llamó a sí la atención de todos.

La manera como uno y otro se llegaban a *Indric* decía claramente: "No hacemos ascos de usted, pues es usted personaje de campanillas;" y aun algunos, indudablemente para *mayor refnamiento*, le estrechaban la mano, que por cierto la tenía aquél notablemente blanca y hermosa.

Indric era de modales sencillísimos, apacible y cortés, no sin cierta compostura patriarcal. Echábase de ver que el tal comprendía que en aquella noche era, después de Troppmann, el personaje que más interés nos inspiraba; el primer ministro del reo.

Los obreros abrieron el furgón, sacaron de él las diferentes piezas que componen la guillotina y empezaron a montarla a quince pasos de la puerta de la cárcel, alumbrados por los faroles del carruaje, que, puestos en el suelo, proyectaban pequeños círculos luminosos en los esquinados adoquines.

Consulté mi reloj; apenas era la media para la una. Las tinieblas se habían hecho aún más densas, y el frío arreciaba más y más. La concurrencia era ya más que mediana, y a retaguardia de los soldados que circuían la plaza, frente a la cárcel, se elevaba un indefinible murmullo de voces humanas.

Acerquéme a los soldados, que inmóviles y un poco apiñados habían descompuesto ligeramente la simetría de la alineación, y en sus rostros no ví más expresión que la del tedio, pero de un tedio frío, resignado, paciente. Igual expresión, acompañada de una vaga sonrisa de espera, reflejábase en los rostros de los obreros y de cuantos me era dable divisar entre los morriones, los uniformes de los soldados, y los tricorneos y los capotes de los agentes de policía.

Más allá se agitaba y se estrujaba la muchedumbre, que a intervalos prorrumplía en desaforadas voces, diciendo:

—¡Eh, Troppmann! ¡Eh, Lambert!, pues la hiciste, págala.

Luego el pueblo soberano silbaba, se empujaba y disputaba para abrirse paso; todo acompañado del estribillo de una canción cínica que serpeaba de boca en boca.

Prontamente hendió los aires una risa aguda que levantó un clamor, y después se produjo un ruido indefinible como si millares de patos aleteasen chañuzando. El "verdadero espectáculo" aun no había empezado: no se oían los gritos antidinásticos que todos esperaban, ni el tempestuoso canto de la *Marsellesa*.

Acerquéme a la guillotina, a la que iban levantando paulatinamente. Un *caballero* de rostro agradable, de rizados cabellos y tocado con un hongo blando y ceniciento, un abogado, si mal no me acuerdo, estaba allí perorando con vehemencia, mientras alargaba con ademán monótono la mano derecha con el índice envarado y la movía de arriba abajo como si hubiese marcado el compás. Aquel hombre, que a cada movimiento doblaba las rodillas, como abrumado por el peso de la convicción, se empeñaba en probar a dos individuos cercanos a él, que Troppmann no era un asesino, sino un maníático.

—Un maniático, digo—exclamaba el abogado—, y voy a probárselo a ustedes. Sigán ustedes mi raciocinio—vociferaba—; el móvil de Troppmann no era el asesinato, sino un orgullo que no vacilo en calificar de desmedido... Sigán ustedes mi raciocinio...

Los oyentes del abogado seguían su raciocinio; pero a juzgar por sus fisonomías no estaban persuadidos. Y el obrero que montaba la guillotina le miraba de arriba abajo con no disimulado menosprecio.

IV

De nuevo en la habitación del alcaide, donde habían vuelto a reunirse algunos de mis amigos, nuestro amable hospedador hizo servir vino caliente.

Troppmann continuaba siendo el único tema de la conversación.

¿Qué sentirá el reo, en la hora de ahora?, se preguntaban unos a otros. ¿Llegará hasta su calabozo, a pesar de los gruesos muros que lo aíslan, el alboroto de la calle? ¿Persiste su sueño?...

El alcaide nos mostró un gran montón de cartas dirigidas a Troppmann, el cual, según nuestro hospedador afirmaba, se negaba a leerlas. La mayor parte de aquellas cartas estaban llenas de chocarrerías o mofas; algunas contenían exposiciones formales y pedían al reo que confesase su delito y se arrepintiese, y un pastor metodista le enviaba una disertación teológica de veinte páginas. Había también cartas de escritura femenina, y ramos de belloritas y siemprevivas.

Claude, el alcaide, nos dijo, además, que el farmacéutico de la cárcel había enviado a las autoridades una carta que Troppmann consiguiera hacerla llegar a manos de él, y en la cual le pedía veneno. A pesar de la complacencia de Claude, advertí que éste no comprendía "por qué nosotros nos interesábamos por un animal tan malvado y dañino" como Troppmann. A los ojos del alcaide nosotros no éramos más que mundanos curiosos, pisaverdes ganosos de emociones.

Tras un rato de conversación, volvimos a dispersarnos. Toda la noche la pasamos yendo de acá para allá como almas en pena, en tornar a casa del alcaide para sentarnos mano a mano en el salón, y pedir nuevas del reo; luego bajábamos otra vez al patio para salir a la calle y volver a entrar minutos después para anudar la conversación sobre Troppmann; y así consecutivamente hasta la llegada del día. Entre nosotros no faltaba quien contase anécdotas verdes, ni quienes se comunicasen noticias personales o discudiesen acerca de la política o del teatro, o recordasen a Víctor Noir; algunos se esforzaban en chancearse o en soltar una agudeza, pero no lo conseguían... Estas tentativas provocaban risotadas fingidas que sonaban a hueco y morían apenas nacidas.

En la primera estancia descubrí un diván, y recostéme en él con objeto de conciliar el sueño, pero no dormí; ni siquiera pude amodorrarme por algunos minutos.

A eso de las tres de la madrugada, el alcaide entró, se acomodó en un asiento y se durmió; pero poco después levantóse y se fué por haber venido por él uno de sus subordinados.

En la plaza, que encerraba más de veinticinco mil personas, la vocería de la muchedumbre era cada vez más ruidosa y continua. Aquel sordo ruido me llamó la atención: parecióme oír el mugido del mar al estrellarse en la playa, el interminable *crescendo* de las olas, tan fielmente interpretado por Wagner en su música. No era una batahola siempre igual, no; arreciaba a ratos de un modo atronador, y entrecortábanla convulsiones entre las cuales se oían las notas agudas de las voces femeninas e infantiles, para bajar de tono, como las olas al retirarse, y deshacerse en cernida lluvia sobre aquel infernal zumbido. Como si nos hubiésemos hallado en presencia de la fuerza brutal de un elemento, el cual, ora se calmaba y parecía recogerse, ora se henchía, se levantaba, se precipitaba con redoblado furor, como si hubiese querido engullirlo todo...; después se apaciguaba gradualmente, se sosegaba, para enfurecerse otra vez y otra vez apaciguarse, sin cansarse nunca, continuamente, sin fin...

¿Qué significa esa vocería?, dije entre mí... ¿Es trasunto de la alegría, la malicia o la crueldad? No, no es eco de ningún sentimiento humano determinado; es únicamente un ruido: la zambra de un elemento.

V

A eso de las tres de la madrugada y quizá por la décima vez bajé a la calle.

La guillotina estaba preparada.

Los dos largueros, separados entre sí unos cincuenta centímetros por la cuchilla, resaltaban sobre el oscuro cielo con aspecto más extraño que terrible. Habíame figurado yo que aquel instrumento de suplicio era más imponente; aquella máquina estrecha y larga, y como comprimida, me hacía el efecto de un cuello de cisne estirado y en acecho; tenía algo de siniestro sin grandeza. El pesado cesto parecía un cofre color de sangre, y sólo me inspiró repugnancia, cuanto más que sabía que en él arrojaría el verdugo el todavía palpitante cuerpo y la cabeza del ajusticiado...

La guardia municipal, llegada poco antes, formó un gran semicírculo delante de la cárcel. Los caballos resoplaban, tascaban el freno y meneaban la cabeza. El empedrado, cubierto de espuma, blanqueaba bajo sus cascos, y los jinetes dormitaban tristemente con los peludos morriones metidos hasta los ojos.

Los soldados que mantenían en respeto a la muchedumbre se habían espaciado, dejando ahora, delante de la cárcel, un espacio de trescientos pasos en lugar de doscientos.

Acerquéme a una fila de soldados para observar a la muchedumbre a la cual aquéllos represaban en su eterno remolino y que producía incesantemente el mugido de un elemento ciego. Me acuerdo de un mozo con blusa, garrido joven de veinte años, el cual tenía puestos los ojos en el suelo y se sonreía como si lo acariciasen pensamientos alegres. De improviso echó aquél la cabeza hacia atrás, abrió desmesuradamente la boca y lanzó un grito prolongado, pero sin articular palabra alguna; luego volvió a mirar los adoquines y a sonreírse. ¿Qué pasaba en el alma de aquel hombre? ¿Por qué se condenó a permanecer ocho horas en pie, a pasar en vela una noche?

Yo no oía las reflexiones que entre sí cruzaba el público, cuya algarabía sólo era dominada por los agudos gritos de los vendedores de periódicos.

Los cuales ensordecían el aire voceando los títulos de libros con el relato de la vida, y aun de la ejecución y de las últimas palabras de Troppmann.

De vez en cuando, todavía llegaban a mis oídos rumores de altercados y de carcajadas salvajes, y agudas voces de mujer.

Cinco o seis individuos entonaron la *Marsellesa*, pero interrumpiéndose a cada paso. Y aquí viene de molde decir que el himno revolucionario sólo es grandioso cantado por millares de voces.

—¡Abajo Pedro Bonaparte!—gritó una voz sonora...—¡Uuu! ¡Uuu! ¡Ah! ¡ah!

El mugido era cada vez más ensordecedor; de pronto los gritos tomaron cierto ritmo, quiero decir que con la música de *las Lamparillas*, la muchedumbre se puso a cantar: "Bo-na-par-te, Bo-na-par-te."

Aquel pueblo, reunido, despedía una vaharada acre; todos aquellos cuerpos habían envasado gran cantidad de vino, y más de cuatro estaban borrachos. Las tabernas aparecían, en el fondo del cuadro, como luminosos puntos.

La noche se puso lóbrega del todo, y el cielo se encapotó completamente. De los árboles, que se erguían cual fantasmas, colgaban racimos de golfos que silbaban e imitaban el canto de las aves. Uno de ellos se vino al suelo y se rompió el espinazo. Con ser mortal la herida del infeliz, el populacho se rió grandemente.

Volvíme a la habitación del alcaide, y al pasar por delante de la guillotina, ví en la plataforma de ella al verdugo, rodeado de algunos curiosos; el ejecutor de la justicia hacía "el ensayo" para aquellos espectadores. El verdugo tocaba un muelle de la tabla a la cual sujetan al reo, tabla que va a parar al semicircular agujero colocado bajo la cuchilla, y moviéndolo, hacía descender la hoja, que caía pesadamente, sin detenerse, con zumbido sordo y breve.

No tuve alientos para presenciar aquel ensayo; no quise subir al patíbulo. De mí iba apoderándose más y más una vergüenza íntima, y aun parecíame cometer un crimen...

Quizá por esto los caballos de la guillotina, que comían tranquilamente su pienso de avena a la puerta de la cárcel, fueron los únicos seres que, entre nosotros todos, me parecían inocentes.

Me ovillé de nuevo en el diván y presté oído atento al ruido de aquella alta marea que sin cesar subía.

VI

Según el refrán, la última hora de espera es la más corta. Todos quedamos sorprendidos al saber que acababan de dar las seis y que únicamente faltaban sesenta minutos para la ejecución.

Anunciáronnos que a las seis y media se nos permitiría la entrada en el calabozo de Troppmann, lo cual hizo desaparecer de todas las fisonomías las señales de cansancio.

Ignoro lo que en aquel instante sintieron mis compañeros; pero de mí sé decir que se me oprimió el corazón.

En esto llegaron nuevos personajes, uno de los cuales era el sacerdote, bajito, cano, de mejillas sumidas, envuelto en larga sotana, ostentando en el ojal la cinta de la Legión de Honor, y tocado con un sombrero de anchas alas.

El alcaide nos ofreció un desayuno compuesto de grandes tazas de chocolate servidas en redonda mesa dispuesta en el salón; pero por más que Claude me instó para que tomase algo a fin de confortarme, no quise probar el soconusco, so pretexto de que el aire matutino es sumamente perjudicial.

Pero la verdad era que me repugnaba comer, porque no era aquella la ocasión más adecuada para efectuarlo.

—¿Con qué derecho estoy aquí?—me dije por la centésima vez—; este no es mi sitio.

—¿Continúa durmiendo?—preguntó uno de nuestro grupo, mientras saboreaba el chocolate. Nadie designaba por su nombre a Troppmann; cuando se referían a él se sobreentendía.

—Sí, duerme—, contestó el alcaide.

—¿A pesar de esta infernal batahola?

El ruido se había hecho ensordecedor, trasmutado en un mugido ronco; el siniestro coro no iba ya en *crescendo*; reventaba estrepitosa y alegremente.

—Tres gruesos muros separan de la calle el calabozo—, profirió el alcaide, a quien de derecho le correspondía el principal papel; luego y en consultando su reloj, añadió:—, las seis y veinte; ya es hora.

No hay duda en que todos nosotros teníamos conturbado el ánimo, pero nadie quería dejar que su emoción se transparentase, y como si tal cosa, uno tras otro, los invitados del alcaide cogieron sus sombreros y siguieron atropelladamente a su guía.

—¿Dónde come usted hoy?—preguntó un gacetillero a uno de los presentes.

Esto pasaba ya de raya; era palmario que tal indiferencia nada tenía de natural.

VII

Ya en el patio grande de la cárcel y al llegar al rincón de la izquierda, frente a una puerta entornada, pasaron en cierto modo lista de nosotros y nos hicieron entrar en una piececita de techo elevado, sin otro mueble que un escabel con asiento de cobre, colocado en el centro de ella.

—Aquí van a proceder al tocado del reo—, me dijo al oído Máximo Du Camp.

No todos nuestros amigos nos habían acompañado. Eramos diez, junto con el Comandante, Claude y el sacerdote.

Durante los dos o tres minutos que pasamos en aquella pieza, asistiendo a algunas formalidades, como la lectura de ciertos autos, me sacudió el espíritu por vez postrera el sentimiento de

que no nos cabía derecho a obrar como obrábamos, de que asistíamos con mentida gravedad al asesinato de uno de nuestros semejantes, de que todos representábamos una repugnante e ilegal comedia.

El alcaide nos hizo seña de que lo siguiéramos a un largo corredor embaldosado, alumbrado por dos lamparillas, y desde aquel punto perdí noción de cuanto pasaba, a no ser que luego a luego, en aquel instante, en aquel segundo, iba a acaecer algo terrible.

Después de haber subido precipitadamente dos escaleras, cruzado otro corredor y bajado por una escalera de caracol, nos encontramos frente a una puerta de hierro.

—¡Helo aquí!

El carcelero abrió con precaución la puerta, sin levantar el más leve ruido ni proferir palabra alguna, y nosotros nos colamos a una anchurosa pieza de amarillas paredes y ventanas enrejadas en la cual había una cama deshecha y desierta. La luz de una lamparilla alumbraba con regular claridad todos los objetos.

Yo iba detrás de todos, y recuerdo que cerré involuntariamente los párpados; pero no tardé en notar algo cerca de mí, a un lado, un rostro joven, de cabellos y ojos negros, que se movía lentamente a derecha y a izquierda, y nos examinaba "vaga y largamente".

Era Troppmann.

El cual, despertado antes de llegar nosotros, estaba sentado a su mesa y acababa de escribir a su madre una carta de despedida por demás insignificante.

Claude se descubrió, y llegándose al reo, le dijo con su voz áspera, apagada e inflexible:

—Troppmann, vengo para decir a usted que su petición de indulto no ha sido admitida, y que ha llegado la hora de la expiación.

El reo miró al alcaide, mas no vagamente, sino con rostro sereno y aun adormecido, pero no dijo palabra.

—Hijo mío—exclamó con voz sorda el sacerdote, acercándose a Troppmann por el lado opuesto—: ¡valor!

Troppmann miró al sacerdote como mirado había a Claude.

—Ya yo sabía que no perdería el ánimo—dijo con acento firme el alcaide—ahora que ha soportado denodadamente la primera embestida, respondo de él.

Cualquiera habría dicho que Claude era un maestro que, en los exámenes, halagaba a su discípulo para alentarle.

—¿Miedo yo? no, señor—contestó el reo, con voz de barítono, fresca, agradable y muy bien timbrada.

—¿Quiere usted un poco de vino, hijo mío?—profirió el sacerdote sacando de su faltriquera un frasco.

—Gracias, no lo necesito—contestó el reo, haciendo una cortés mesura con la cabeza.

—¿Persiste usted en declarar que no es usted el único autor del crimen por el cual le han condenado?—preguntó el alcaide.

—No descargué golpe alguno.

—Pero...

—Repito que no descargué golpe alguno.

—¿Y afirma usted que tuvo usted cómplices que los descargaron?

—Lo afirmo.

—¿Se niega usted a nombrarlos?

—No quiero ni puedo hacerlo—contestó Troppmann con voz que se había hecho amenazadora, encendiéndosele el rostro, y al parecer presto a incomodarse.

—Está bien—dijo Claude para sosegar al reo, dándole a entender que aquel interrogatorio era una pura formalidad, y que era ya tiempo de pasar a otro asunto.

Con efecto, poco después iba a empezar el tocado.

A esta lúgubre ceremonia tenían que preceder algunos preparativos. Dos guardias quitaron al reo la camisa de fuerza, especie de blusa de burda tela de algodón azul, sujeta a la espalda

con correjuelas y hebillas, y provista de largas mangas cerradas como sacos y cuyas extremidades estaban anudadas a la cintura con fuertes cordeles.

Troppmann estaba a dos pasos de mí, de perfil, por manera que pude observarle a mí sabor el rostro. Digo, pues, que aquél podía haber pasado plaza de guapo si no lo hubiese desfigurado la boca, abofellada y desagradable, en forma de embudo, como las bestias fieras, y al través de la cual se descubría una dentadura negra, rala y dispuesta como un abanico. Tenía Troppmann espeso, oscuro y algo encrespado el cabello, largas las cejas, expresivos y saltones los ojos, despejada y lisa la frente, regular y repulgada la nariz, y leve, ensortijado y negro vello le sombraba la barbilla.

Aquella cara, en cualquiera otro sitio que en una cárcel y en otras circunstancias, habría causado una impresión favorable. Aquel tipo lo he visto yo innumerables veces entre los obreros y los discípulos de las escuelas públicas.

Troppmann, que aun no había cumplido los veinte, era de estatura regular, muy esbelto, y ostentaba la delgadez propia de la juventud. Su color, fresco y rosado, del todo natural, revelaba una salud inmejorable.

Al entrar nosotros en el calabozo, el color del reo no varió lo más mínimo.

Mientras le quitaban la camisa de fuerza, Troppmann alzó los ojos; su respiración era regular, profunda, como la de quien sube lentamente una montaña. Una o dos veces movió la cabeza para echarse atrás los cabellos, o cual si quisiese arrojar de sí un pensamiento pertinaz; luego dirigió una fugaz mirada a lo alto y exhaló un suspiro apenas perceptible.

Fuera de estos ligeros movimientos, nada acusaba en el reo el temor ni siquiera la sombra de una emoción. Todos nosotros estábamos indudablemente más desasosegados que él.

Troppmann, al dejarle libres las manos, se las llevó al pecho sonriéndose con satisfacción, mientras le desataban las correas de la espalda; igual hacen los niños al desnudarlos. El mismo se quitó la camisa y se puso otra limpia, de la que abotonó cuidadosamente el cuello.

Era singularmente curioso seguir los amplios y libres movimientos del desnudo torso del joven y de sus desnudos miembros, que resaltaban sobre la amarillenta pared del calabozo.

Luego se puso Troppmann las botas, y golpeó ruidosamente el tacón y la suela contra el piso para que entrase bien el pie, siendo de observar que realizó todas estas menudencias con desembarazo, alegremente, cual si hubiesen ido por él para un paseo, aunque callado, como callados estábamos nosotros, que sólo cruzábamos miradas y encogíamos los hombros, asombrados de la simplicidad de aquellos movimientos, simplicidad que, como todos los fenómenos tranquilos y naturales de la vida, revestía verdadera elegancia.

Uno de los asistentes al acto, con quien me encontré el mismo día, díjome que mientras nosotros estábamos en el calabozo de Troppmann, parecióle hallarse, no en 1870, sino en 1794, y que nosotros no éramos simples ciudadanos, sino jacobinos, y que llevábamos al patíbulo, no a un asesino vulgar, pero sí a un marqués legitimista, a un cortesano...

Hase observado que, en general, los reos de muerte, a la audición de la sentencia, caen en un estado de insensibilidad rayano en la catalepsia, como si ya estuviesen muertos antes de la ejecución: o alardean y afrontan la muerte para darse importancia, o caen en la desesperación y lloran, tiemblan e imploran perdón. Troppmann no pertenecía a ninguna de estas categorías. Su actitud sorprendió al mismo alcaide.

También digo que de haber Troppmann flaqueado, mis nervios no habrían resistido y mal de mí grado hubiera tenido que irme; pero al ver aquella postura firme, sencilla y modesta, todos mis sentimientos—el de disgusto que me inspiraba el asesino, el monstruo que había degollado a unos niños mientras llamaban a su madre; el de compasión que sentía por el ser humano a quien la muerte iba a engullir—se desvanecieron y se redujeron a uno solo: el asombro.

¿Cuál podía ser el sostén moral de Troppmann? ¿Acaso representaba ante *espectadores*? ¿Nos daba una representación postrera? ¿Aquella serenidad era hija de un valor innato? ¿Era quizás el amor propio excitado por las palabras de Claude, o bien el orgullo de la lucha que le tocaba sostener hasta el fin, o cualquiera otro sentimiento impenetrable a nuestra mirada?

Este es un secreto que el reo se llevó consigo a la tumba.

Más de cuatro están convencidos de que Troppmann no gozaba de la plenitud de sus facultades mentales. La torpe e inexplicable matanza de que aquél fué autor, parece confirmar este supuesto.

VIII

En calzándose las botas, Troppmann se enderezó, y, sacudiendo los miembros, dijo:

—Estoy presto.

Pusieron otra vez la camisa de fuerza al reo, al cual y a instancias del alcaide dejamos a solas con el sacerdote.

Apenas hacía diez minutos que nos encontrábamos en el corredor, y ya el endeble mozo se hallaba en nuestra presencia con la frente animosamente levantada y el cuerpo erguido.

Troppmann, de creencias religiosas poco arraigadas, cumplió como una formalidad aquella última ceremonia.

El sacerdote pronunció con frialdad la absolución.

Todos nosotros, con Troppmann en el centro, subimos la angosta escalera de caracol por la que habíamos bajado quince minutos antes.

De pronto quedamos envueltos en las más profundas tinieblas por haberse apagado la lamparilla, y por espacio de algunos segundos reinó una confusión indecible. Echamos hacia arriba empujándonos y produciendo con los pies, en la escalera, un ruido sonoro. Apañados, dábamos de hombros unos contra otros, y no faltó quien, por haber perdido el sombrero, lanzó un voto redondo y pidió a grandes voces una bujía u otra luz.

En medio de aquella negrura rodeábamos a nuestra víctima, a nuestra presa, a aquel desventurado.

¿Dónde estaba Troppmann? ¿Se le ocurriría aprovecharse de la oscuridad para servirse, con la energía de la desesperación, de sus ágiles miembros y fugarse... dónde? A cualquier parte, a un rincón de la cárcel y estrellarse allí contra la pared los sesos... A lo menos se habría hecho justicia por su mano.

No sé si los demás discurrirían como yo; como quiera que sea, mis conjeturas eran infundadas.

Por fin desembocamos en el corredor, llevando en medio al endeble mozo.

La guillotina no perdería su presa, y hacia la terrible máquina empezó entonces la procesión.

IX

Troppmann nos precedía casi alegremente y andando ligero y con paso elástico, como si se diese prisa. Nosotros lo imitamos, y tres o cuatro intentaron adelantársele a derecha y a izquierda para verle por la postrera vez el rostro.

Cruzamos el corredor y descendimos la segunda escalera a escape. Troppmann bajaba de dos en dos los peldaños.

Pasamos en el aire a lo largo de otro corredor, y en saltando por encima de algunas gradas, dimos nuevamente con nuestros cuerpos en el local donde primeramente nos habían introducido, y en el que no brillaba otro mueble que un taburete, en el cual sentábanse los reos de muerte para hacerles el último tocado.

Nosotros entramos por una puerta, y por otra, situada en el lado opuesto, salió con paso mesurado y grave un hombre vestido de negro y con corbata blanca. Aquel hombre, a quien podía haberse tomado por un diplomático o un cura protestante, era el verdugo, e iba acompañado de un viejecito envuelto en negro capote. El tal viejecito, ayudante del ejecutor de la justicia de París, y a la vez verdugo de Beauvais, llevaba en la mano un saco de cuero.

Troppmann se estuvo inmóvil delante del taburete, y nosotros formamos rueda a su derredor. El verdugo y su ayudante se colocaron a la derecha del reo, lo mismo que el sacerdote, y el alcaide se situó a la izquierda.

El viejecito abrió con una llave el saco de cuero y sacó de él varias correjuelas provistas de hebillas, y acomodándose, no sin trabajo, de rodillas a espaldas del mozo, empezó a sujetarle los pies. Uno puso Troppmann involuntariamente sobre una de las correjuelas, y el ayudante, esforzándose en recogerla, dijo por dos veces, antes de propasarse a tocar la pantorrilla del reo para llamarle la atención:

—Haga usted el favor.

El mozo volvió el rostro, y haciendo una cortés mesura con la cabeza, levantó el pie y dejó suelta la tirilla de cuero.

Interin, el sacerdote leyó a media voz algunas oraciones en lengua francesa.

Los otros dos ayudantes quitaron en un cerrar de ojos la camisa de fuerza al mozo, cogieron a éste por los brazos, le ataron las manos a la espalda, en forma de cruz, y le cubrieron de correjuelas el cuerpo.

El verdugo dirigió todas las operaciones, indicando a derecha o a izquierda con el dedo.

Como no habían abierto en las correas los agujeros para los corchetes, el anciano buscó primero en su saco y después en sus bolsillos, y por fin sacó una lesna corva y con ella intentó agujerear el cuero, pero como éste era nuevo y estaba duro, y él tenía los dedos hinchados por el reuma, a duras penas consiguió abrir algunos agujeros por los cuales no entraron los corchetes. El sacerdote, al ver lo que pasaba, rezó con más lentitud para dar tiempo al anciano, que abrió trabajosamente otros agujeros al lado de los primeros.

Terminada aquella operación, durante la cual cubrióseme de frío sudor el rostro, empezaron otra, quiero decir que hicieron sentar a Troppmann en el taburete para cortarle los cabellos.

El ayudante sacó unas tijeritas, y haciendo horribles muecas cortó con atención el cuello de la camisa del reo, de la camisa que éste acababa de abrocharse tan cuidadosamente y que con tanta facilidad hubieran podido cortar antes. Pero la tela era gruesa y resistía al cortante instrumento.

Vigilaba el verdugo estos preparativos, y al parecer no estaba satisfecho; la abertura era insuficiente, era preciso que tuviese unos diez centímetros de anchura.

Requirió, pues, otra vez las tijeras el viejo y cortó más tela, dejando al descubierto hasta los omóplatos; pero como en la pieza aquella hacía frío, Troppmann se subió la camisa.

El viejo puso su abotargada mano izquierda en la cabeza del reo, que la bajó inmediatamente con sumisión, y con la diestra empezó a cortar los cabellos, que en vellones rodaron por la espalda del joven y cayeron al suelo.

Uno de los vellones rodó hacia mis pies.

Troppmann, con la cabeza resignadamente inclinada, permanecía inmóvil, y el sacerdote rezaba todavía más lentamente.

Mis ojos estaban como clavados en las manos del reo, manos enrojecidas en sangre inocente, y ahora impotentes y puestas una sobre otra; pero mis miradas se posaban con preferencia en aquel cuello blanco y delicado, en aquel cuello de niño, en el que mi imaginación trazaba involuntariamente una raya transversal.

—Por allí—dije para mis adentros,— pasará dentro de contados minutos la pesada cuchilla, desgarrando las vértebras, cortando los músculos y los nervios... Ese cuerpo parece ignorar el fin que le espera... Es tan joven, tan blanco, tan hermoso, tan lleno de vida...

Y a pesar mío, me pregunté: ¿En qué está ahora pensando esa cabeza inclinada? Quizá repite incesantemente en su interior: "No flaquearé"; quizá ve pasar como un torbellino sus recuerdos; o torna a ver en las convulsiones de la agonía a alguna de sus víctimas; o dice entre sí: "Esto es miel sobre hojuelas,... después, después..." Y repetirá una y otra vez lo mismo hasta que la muerte se precipite sobre ella, sin que a ella le quepa sustraerse...

El ayudante continuaba la tonsura; los cabellos chillaban al contacto de las tijeras, y terminada la operación, Troppmann se levantó y movió vivamente a una y otra parte la cabeza.

Suelen los reos de muerte aun con fuerzas para hablar, dirigir en tal circunstancia una postrera petición al alcaide; quiero decir que le entregan el dinero que les queda para que les haga el favor de pagar las deudas pecuniarias que tienen pendientes. También dan las gracias a sus carceleros, y encargan a los presentes que hagan llegar a manos de sus padres, de los del reo se entiende, una carta de despedida o un mechón de cabellos... Troppmann, contrario a este sentimentalismo, no despegó los labios, y esperó en un mutismo tranquilo.

Echaron una blusa corta sobre los hombros del reo, y hecho esto el verdugo asió por el codo al desdichado.

—Ea, Troppmann, dijo en medio de un silencio sepulcral el alcaide... Ha llegado el instante supremo; dentro de algunos minutos todo habrá concluído. ¿Persiste usted en sostener que tenía usted cómplices?

—Persisto—, contestó el reo, sin que para nada se alterase su agradable voz de barítono, e inclinándose ligeramente la cabeza como si le hubiese dolido no poder contestar a satisfacción de su interlocutor.

—Pues adelante, profirió el alcaide.

Tras lo cual bajamos todos al patio principal de la cárcel.

X

Eran las siete menos un minuto; el cielo estaba casi oscuro y la niebla velaba el aire y los objetos que nos rodeaban.

El rugir del populacho nos aturdió; era aquella una algarada chillona e insoportable que nos envolvió apenas hubimos cruzado los umbrales del patio.

Aclaradas aun más nuestras filas, nos dirigimos presurosos hacia la puerta, digo, algunos se quedaron atrás, y aun yo, sin dejar de ir con los demás, me hice a un lado.

Troppmann avanzaba con ligereza y arrastrando los pies por dificultarle el paso las correas. ¡Qué chiquitín, qué joven, qué niño me pareció el reo!

De improviso, lentamente, cual una boca que abre las mandíbulas, se abrió la puerta; el populacho lanzó un grito de satisfacción, y el monstruo que aguardaba su presa, la guillotina, ofrecióse a nuestras miradas con sus dos largueros y su copete.

Un frío glacial nos penetró hasta los huesos y a mí me llegó al corazón. Parecióme que aquel frío acababa de entrar por la puerta recién abierta, y las piernas me blandearon. Con todo eso miré a Troppmann, que se echó atrás, inclinó la cabeza y dobló las rodillas como si acabase de recibir una puñalada en mitad del pecho.

—Va a desmayarse—, profirió una voz casi a mi oído.

Pero no, el mozo se rehizo al punto y siguió adelante con paso firme, precedido por los que deseaban ver cómo caería la cabeza.

Yo, perdido el ánimo, me detuve junto a la puerta.

El verdugo parecióme una negra torre que prontamente se hubiese alzado en la parte izquierda de la guillotina; Troppmann, separado del grupo de los invitados, que se quedaron abajo, subió los diez peldaños de la escalera, se detuvo, miró hacia atrás, y pronunció estas palabras: "Digan al señor Claude..." Ya en la plataforma el reo, dos hombres uno por la derecha y el otro por la izquierda, se echaron sobre él como arañas sobre una mosca... Troppmann se avanzó con la cabeza hacia delante, y perneó.

No pude resistir más: volví el rostro y esperé; la tierra, como si diese vueltas bajo mis pies.

Parecióme haber esperado una eternidad; tuve tiempo de observar que si a la aparición de Troppmann la vocería del populacho había reventado como una bomba, al estrépito aquel había seguido un silencio sepulcral...

Delante de mí estaba un centinela, joven, fresco y de compleción recia, y al notar que me miraba con fijeza, con espanto y con estúpida perplejidad, dije entre mí: "¿Qué le muestran aquí a ese joven soldado, hijo de lejana aldea y perteneciente a familia honrada?"

Por fin oí un ruido ligero, como el que produce la madera al dar contra madera; acababa de caer el semicírculo superior del collar que mantiene inmóvil la cabeza del reo; después oí un rugido sordo, algo rodó con ruido y resopló como potente bestia que acabase de aliviarse vomitando.

No doy con otro símil.

Todo se oscureció a mí alrededor.

Alguien me cogió por el brazo, y miré; era el ayudante del alcaide, el señor G., a quien, como supe después, Máximo Du Camp había recomendado que velase por mí.

—Está usted muy pálido. ¿Quiere usted agua?—me preguntó G. sonriéndose.

—No, gracias—, contesté.

Dichas estas palabras me volví al patio de la cárcel, que me pareció un abrigo contra las atrocidades que se cometían en la plaza.

XI

Mis compañeros se situaron junto a la puerta del cuerpo de guardia para despedirse del alcaide y esperar que la muchedumbre despejase la plaza. Yo imité a mis compañeros y recogí ciertos pormenores. Troppmann, atado ya a la tabla, había ladeado la cabeza, quedando ésta fuera del collar; entonces los verdugos, para encajarla, tiraron de ella por los cabellos, y Troppmann mordió a uno de ellos en un dedo. Supe también que inmediatamente después de la ejecución, cuando el cuerpo arrojado en el furgón se alejaba velozmente, dos hombres pasaron al través de la fila de soldados, y, llegándose a la guillotina, empaparon sus pañuelos en la sangre que manaba por las rendijas de las tablas.

Yo, que estaba fatigadísimo, oí esta conversación como al través de un sueño. Todos parecían estar a un tiempo cansados y aliviados, como si les hubiesen quitado un gran peso de encima; pero ni uno de nosotros, *ni uno, ofrecía el aspecto de quien está convencido de que acaba de asistir a un acto de justicia social*; todo desviaba de esta idea, y cada cual se sacudía la responsabilidad de aquel asesinato.

Saludé al alcaide y me fuí con Máximo Du Camp. Un río de seres humanos, hombres, mujeres y niños, deslizaba silenciosamente, delante de nosotros, sus ondas sucias y horrendas. Únicamente los hombres se preguntaban unos a otros: "¿Adónde vas?" "¿Y tú?" Los golfos saludaban de cuando en cuando con una silba a las cortesanas que pasaban en coche.

¡Qué taciturnos, soñolientos y atontados estaban todos aquellos rostros! ¡Qué tedio, qué fatiga, qué descontento, qué decepción, y sobre todo qué indefinible despecho se reflejaban en todos ellos! Borrachos, no vi ninguno; probablemente los habían recogido, o ellos mismos por sus pies se habían ido a dormir la zorra.

La vida cotidiana llamaba nuevamente a sí a la muchedumbre aquella, que ni sé por qué en tal noche interrumpió sus hábitos, ni en qué estado de ánimo tornó a su trabajo.

Mientras íbamos andando, Máximo y yo entablamos discusión sobre lo que habíamos presenciado.

¿Con qué derecho da la sociedad tales espectáculos? ¿Por qué mantener las bárbaras costumbres de la Edad Media? ¡Oh procedimientos infames! ¿Qué significan aquel tocado, aquellas idas y venidas por corredores y escaleras?

Y aun la pena capital, ¿cómo justificarla?

Ya hemos visto qué efecto produjo en la plebe aquel espectáculo, espectáculo que no pasa de ser una ilusión, pues de las setenta mil almas que lo presenciaron, quizá tan sólo cincuenta o

sesenta hombres pudieron ver algo a la indecisa claridad de la mañana y al través del cordón que formaban la infantería y la caballería.

¿Y los demás? ¿Qué utilidad sacaron de aquella noche desmoralizadora, de aquella noche de orgía para gran número?

Se me viene a la memoria el joven obrero a quien he observado por espacio de dos o tres minutos. ¿Habrán quien crea que aquél se aplicará hoy con más aliento al trabajo y aborrecerá más ahincadamente la ociosidad y el vicio?

Yo mismo, ¿qué provecho he sacado de las emociones de esta noche? ¡Un asombro involuntario en presencia de un hombre que me constaba era un asesino, un monstruo de inmoralidad, porque ha sabido arrostrar la muerte! ¿Es eso lo que se propone el legislador? ¿Dónde está el famoso "fin moral" de las ejecuciones, tantas veces desmentido por los hechos?

Pero dejémonos de discusiones; el asunto, complejo de suyo, me llevaría más allá de lo que me propongo. Nadie ignora que la pena de muerte es una de las espinosas materias que hoy preocupan a la humanidad.

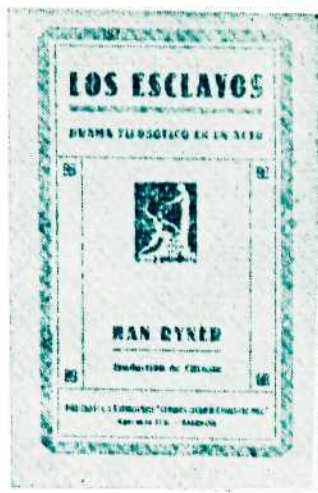
Me daría por satisfecho, y me perdonaría a mí mismo la noche pasada en presencia de la guillotina, si mi relato pudiese proporcionar algunos argumentos más a los que abogan por la abolición de la pena capital, o a lo menos si me fuese dable obtener que tales ejecuciones dejaran de hacerse públicamente.

Por el aumento de la tirada

Con cada ejemplar del presente número incluimos un Boletín de probables suscriptores, con el fin de que nuestros lectores lo llenen con los nombres de aquellas personas de entre sus amistades que a su juicio pueda interesarles el conocer esta Revista. Una vez las listas en nuestro poder, remitiremos ejemplares de muestra a las direcciones que se nos faciliten, con el propósito de aumentar de esta forma el número de suscriptores a ESTUDIOS.

Es sabido, aun por los menos entendidos en asuntos de prensa, que una publicación como la nuestra, sin anuncios ni prebendas, ni más ingresos que los de la venta de sus ejemplares, no puede ser en modo alguno un negocio editorial, pues sólo podría sostenerse merced a una extensa tirada que está muy lejos de alcanzar esta Revista. No extrañaré, por tanto, a nadie el saber que en la tirada actual cada número de ESTUDIOS representa un déficit considerable, aun pagando puntualmente todos los corresponsales y suscriptores, cosa que tampoco ocurre con regularidad. Se sostiene, pues, por el esfuerzo de los que nos ayudan con sus pedidos de libros, y de él solicitamos a cuantas personas crean que la obra educativa de estas páginas lo merece.

En esta cruzada contra el vicio y la ignorancia deben intervenir todas las personas cultas, todos los hombres de moral elevada. Es demasiado deprimente el espectáculo que ofrece la humanidad de nuestros días, enferma y embrutecida por todos los vicios y todas las desviaciones, para que los amantes de la Cultura, que es como decir Progreso, Libertad, Superación Humana, no salgamos al paso de tanta degeneración y hagamos comprender a esa juventud que malgasta sus energías torpemente, que por encima de toda esa podredumbre histórica y viciosa está la sublime misión del hombre para con el porvenir, y que la redención y la felicidad están en la educación y en el respeto a las sabias leyes de la Naturaleza.



Almanaque de "Generación Consciente" para 1928.—Son estos almanques hermosos volúmenes de gran valor cultural y científico. Indispensables en la biblioteca de todo hombre estudioso.—Precio, 1 pta.

Los esclavos, por Han Ryner.—Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades escénicas.—Precio, 0'50 pesetas.

Los herederos de la gran tragedia, por Sebastián Gomila.—Acertadísima, profética visión de la post-guerra. Obra unánimemente elogiada por la crítica.—Precio, 2 ptas.



Estudios sobre el amor, por José Ingenieros.—*Cómo nace el amor.—El delito de Besar.—La reconquista del derecho de amar.*—Es este un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 pesetas.

El Alcohol y el Tabaco, por León Tolstoi.—Las horribles y funestas consecuencias de estos dos nefastos y absurdos vicios. Este libro debieran leerlo y recomendarlo todos; es tanto como cooperar a disipar las tinieblas que obscurecen la conciencia del mundo.—Precio, 1 pta.



Libertad sexual de las mujeres, por Julio R. Barcos.—No es un libro procaz y obsceno; al contrario, es un alto exponente de la moral racional y lógica que otorga a la mujer el derecho de decidir su corazón de acuerdo con sus propios impulsos..... 5

Maternología y Duericultura, por Margarita Nelken.—De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre 0'25

¿Maravilloso el instinto de los insectos?—Interasantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Lorulot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski..... 0'30

La filosofía de Ibsen, por Han Ryner.—Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la trascendencia filosófica y social del mismo..... 0'25

Almanaque de "Generación Consciente" para 1927 1

Sotir el libre, por Panait Istrati.—Preciosa novelita de este celebrado escritor..... 0'25

Realismo e Idealismo mezclados, por E. Armand.—Otro libro del esforzado periodista y abnegado luchador Armand, en el que manifiesta sus excepcionales dotes narrativas, resumiendo en bellas y geniales páginas su amplia y acertada visión de la vida..... 1'50

La Tisis, (Cómo se evita; cómo se cura), por el Dr. Bjancaj, con ilustraciones 2

La tragedia de la Emancipación femenina, por Emma Goldman.—Se adivina a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio poco común entre los de su sexo..... 0'20

La Calvicie (Cómo se evita; cómo se cura), por el Dr. W. Koheler.—Recetario general de las más eficaces fórmulas y procedimientos radicales para la conservación del pelo, evitar su caída y producir su renovación 4

Pío Baroja, por Francisco Pina.—Estudio crítico de la obra y la personalidad del genial escritor 3

Plantas que curan y plantas que matan, por el Dr. Pío Arias Carvajal.—Tratado teórico práctico de botánica medicinal para la curación de todas las enfermedades..... 3

COLECCION «LA NOVELA MENSUAL DE GENERACION CONSCIENTE»

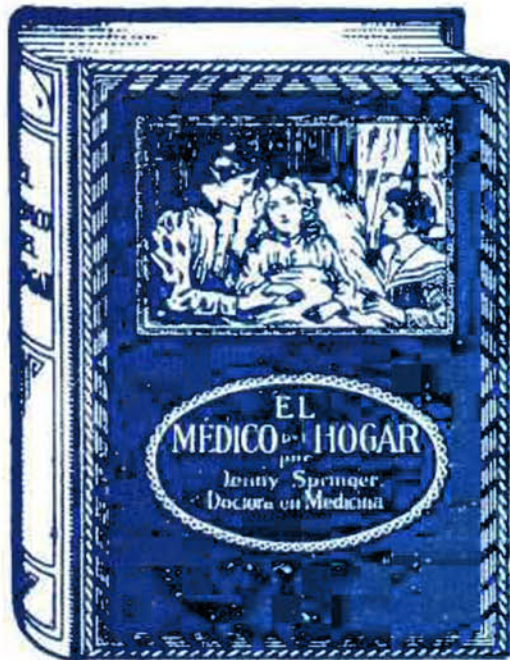
Crainquebille, por Anatole France 0'50

La muerte de Oliverio Bécaille, por Emilio Zola 0'50

El Mareo, por Alejandro Kuprin 0'50

Luz de Domingo, por Ramón Pérez de Ayala... 0'50

A toda nota de pedido debe acompañarse su importe, por giro postal. Los envíos se hacen certificados, libres de gastos, inmediatamente de recibido el dinero.



EL MÉDICO DEL HOGAR

Por la Dra. Jenny Springer

Obra verdaderamente sensacional, importantísima, indispensable en todos los hogares. Es un libro de consulta y de estudio; el consejero acertado, exacto y desinteresado, el amigo verdadero de la salud. Poseer esta hermosa obra en casa es asegurar su salud, su felicidad, y la de los suyos; es poseer un tesoro científico que le defiende de los posibles errores del profesionalismo médico. Forma un precioso tomo de 942 páginas, con 936 grabados, 56 láminas en colores y 3 suplementos: Enfermedades sexuales (con 3 láminas). Desarrollo del hombre (con 8 láminas), y dos modelos anatómicos desmontables del hombre y de la mujer.—Lujosamente encuadernado.—Precio 40 pesetas.

A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS el 10 por 100 de descuento.

Consultorio Médico de ESTUDIOS

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Álava)

Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid
Académico corresponsal de la Academia
de Medicina de Barcelona
Ex médico de la Cruz Roja

Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia. Descuentos especiales en consultas y tratamientos a los lectores, enviando el cupón.
Pedid cuestionario

CONSULTA EN VALENCIA

Calle del Conde de Salvatierra, 19, de 9 a 1

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 3 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 % en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEOPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100

Para las consultas por correspondencia, pídanse "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

1 Núm. 66. - Febrero 1929

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.